EUSEBIO DE GORBEA LEMMI

VELETAS

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1913



A don José Echegaray, Maestro inconmensurable de la literatura española.

Recuerdo afectuoso de

[illegible]

VELETAS

VELETAS

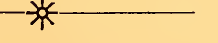
COMEDIA

en tres actos y en prosa

DE

EUSEBIO DE GORBEA LEMMI

Estrenada en el TEATRO DE LA PRINCESA la noche del 23 de Diciembre de 1912



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.^o

Teléfono número 551

1913

A "El Liberal"

El Autor.

El Liberal, en un concurso de comedias, premió *La muñeca de los viejos,* primera obra mía. Entonces, por tristísimas circunstancias, no pude dedicar la comedia al periódico; pero el deber de mi agradecimiento movióme á ofrecerle la que siguiera—si alguna seguía—y hoy ha podido satisfacerse y cumplirse.

Mas no puedo pasar, á través de esta dedicatoria de VELETAS, sin detener mi pensamiento, junto con mi corazón, ante María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. VELETAS sin ellos, ni vivía ni hubiera vivido jamás. Y yo mismo, como autor, tal vez no hubiera vivido nunca. Por mí, por mi comedia, y quién sabe si por otras comedias, llégueles el reconocimiento y el cariño de *algo* que han hecho nacer: aunque sólo fuera un afecto, cuenten con él para toda la vida.

Para ellos, en fin, y para sus actores, mi agradecimiento infinito; que ellos—y no yo—son los que *hicieron* la comedia.

Eusebio de Gorbea Lemmi.

Madrid--Diciembre--1912.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA ANA	SRTA.	CANCIO.
ANITA	SRA.	GUERRERO.
MARÍA TERESA		SANTAULARIA.
LUPE	SRTA.	L. DE GUEVARA.
PILAR	SRA.	JIMÉNEZ.
DOÑA ÁNGELES		BOFILL.
DOÑA AMELIA		SALVADOR.
MARGARITA	SRTA.	LE BRET.
LUCÍA		RIQUELME.
ENCARNACIÓN		LEÓN
DON FERNANDO	SR.	CIRERA.
EDUARDO		DÍAZ DE MENDOZA
VÍCTOR		VILCHES.
PACO		MARTÍNEZ TOVAR.
PEPE		GONZÁLVEZ.
FÉLIX		NOLLA.
PEPITO LUJÁN		RIQUELME.
EL VIZCONDE DE CASA-VILLAR		ALLEN-PERKINS.
PERICO SALDAÑA		GUERRERO.
MARCELO LÓPEZ		MEDRANO.
UN CRIADO		COVISA.

La acción en un pueblo próximo á San Sebastián

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Plazoleta de una quinta de don Fernando.

A la derecha, una esquina de la casa y un trozo de fachada lateral, sin puerta alguna. La fachada principal se supone frente al foro.

Una gran terraza ocupa todo el segundo término de la escena y tiene en su centro una ancha escalera; estréchase junto á la fachada, formando ángulo recto y viene á morir, al primer término, en otra escalinata pequeña. Cerca de ésta, sillas, sillones de jardín y un velador sobre el que hay una ponchera y varios vasos con cerveza.

A la izquierda, un banco de piedra ó dos sillones.

ESCENA PRIMERA

MARÍA TERESA, LUPE, PILAR, MARGARITA, LUCÍA, EDUARDO, VÍCTOR, PEPITO LUJÁN, PERICO SALDAÑA y el VIZCONDE DE CASA-VILLAR

Al levantarse el telón, muchachos y muchachas, en corro, saltan y gritan envolviendo á Lupe, jovencita de catorce años, que manotea, vendados los ojos con un pañuelo. El corro se deshace y Víctor, escapado de él, corre alrededor del grupo revuelto que se forma. Eduardo en pie, junto al velador, bebe cerveza á pequeños sorbos y se ríe de los que juegan

LUPE (Manoteando.) ¡Que se me ha escapado! ¡Que se me ha escapado! ¡Que yo había cogido á uno!

(Todos gritan: «¡A mí no!» «¡Yo no he sido!» «¡No ha sido á mí!» «¡Ni á mí!» «¡Ni yo!» etc.)

PEPITO ¡Pues no haberle soltado!
UNOS ¡Eso! ¡eso!
OTROS ¡No haberle soltado!
LUPE Pues no juego más. Yo he cogido á uno y no vale escaparse. ¿Y Eduardo? ¿Dónde está Eduardo?
EDUA. Aquí estoy. ¿Qué quieres?
LUPE Usted que es el más formal de todos: á ver á quién he cogido.
EDUA. ¿Lo digo?
ELLOS (Menos el Vizconde.) ¡No! ¡No! ¡No!
ELLAS y el VIZ. ¡Sí! ¡Sí!
EDUA. ¿Tú estás segura de haberle atrapado bien?
LUPE Sí; pero se me escapó.
M. TER. Pues por tonta te hacía yo dar treinta vueltas al corro.
EDUA. María Teresa tiene razón. Cuando una dama atrapa á un caballero y le deja escapar...
LUPE ¿Sí? Pues que se quede el que se quede; yo no. (Se quita el pañuelo.)
VIZ. Eso es. Di que sí.
VÍCTOR ¡Caramba, hombre! No dirá mi hermanita que no tiene administrador.
M. TER. Sí es verdad. Has dado un tirón con el brazo, que le has deshecho las uñas.
VÍCTOR ¿Tú también? ¡A que reniego de la familia!
LUPE ¡Ah! ¡Eras tú! ¡Cómo te había conocido! ¡Y qué borriquito has vuelto de París!
TODOS ¡Que se quede! ¡Que se quede!
VÍCTOR Bueno, hombre, bueno; me quedaré. Pero ha de vendarme los ojos Pilar. Con el permiso de su hermano, ¿eh? ¿Oyes, Eduardo?
EDUA. Sí.
LUPE ¡Ca! ¡Que no se va á atrever á apretarle! ¡Yo le taparé!
M. TER. No; déjame á mí. (Le venda los ojos. Los muchachos y muchachas forman el corro.)
VÍCTOR Os advierto una cosa. Que podéis inventar otro versito que no sea el de «gallinita ciega, ¿que se te ha perdido?» A mí no me llama nadie gallina.
VIZ. Ahí está Eduardo, el poeta. Que lo invente.
M. TER. No hace falta. Ya tengo yo el verso. «Amorcito ciego, ¿qué se te ha perdido?»

VÍCTOR «Una aguja y un dedal.» (Todos se echan á reir estrepitosamente.)

EDUA. ¡Qué barbaridad, hombre! La poesía del amor buscando una aguja...

VÍCTOR No veo la barbaridad. Donde hay agujas y dedales está precisamente lo que busca el amor.

M. TER. Contesta: «Una morenita que me hace penar.»

TODOS ¡Eso! ¡Eso! ¡Que lo diga!

VÍCTOR No me da la gana.

TODOS ¡Que lo diga! ¡Que lo diga! ¡A la fuerza!

VÍCTOR ¡Bueno, hombre, bueno! Pues se me ha perdido: «Una morenita que me hace penar.»

LUPE «Da tres vueltecitas y busca á Pilar.»

(Risas y gritos. El corro empieza á girar vertiginosamente.)

VÍCTOR ¡Eh! ¡Eh! ¡Eso no! ¡Bromitas, no! ¡Que no lo aguanto! ¡Que agarro á uno y lo!... ¡Que empiezo á trastazos! (Manotea fuertemente y todos salen corriendo. Se quita el pañuelo.) Se acabó. Una cosa es jugar y otra que le tomen á uno el pelo. (A Eduardo.) Echame cerveza.

M. TER. Hombre, no seas así...

LUPE Ahora que faltaba lo mejor...

VÍCTOR Además, este señor poeta está aquí muy repanchigado, contemplándonos, y nos va á soltar una fabulita que yo me sé.

EDUA. ¿Cuál?

VÍCTOR «Ciertos animalitos,
todos á cuatro pies,
á la gallina ciega
jugaban una vez.»

LUPE Un oso, que eres tú...

VÍCTOR Y una mona, que eres tú.

LUCÍA ¡Al escondite! ¡Al escondite!

LUPE ¡Doy china!

M. TER. Pero nosotras nada más, ¿eh?

MARG. Eso. Nada más. No se admiten caballeros.

LUPE ¡Eso! ¡Eso! (Corriendo por el foro izquierda, seguida de todas.) ¡Doy china! ¡Doy china!

PER Muy bonito... Un escondite para señoras solas.

ESCENA II

EDUARDO, VÍCTOR, PEPITO LUJÁN, PERICO SALDAÑA, el VIZCONDE DE CASA VILLAR y ANITA

ANITA (Por la terraza.) ¿Pero, á dónde van esas locas? ¡Chiquillas! Víctor, ve á buscarlas. Que suban á despedirse de los de Jordana, que se van.

VIZ. Mil felicidades, Anita.

PEPITO Que los tenga usted muy felices.

PER. Que cumpla usted mil años tan bonitos como los que cumple usted hoy.

ANITA Mil gracias. ¿Pero, cuándo han venido? ¿Por qué no suben á felicitar á mamá?

PER. Tienen ustedes tanta gente...

VIZ. Se estaba aquí tan bien...

ANITA Sí... Comprendo...

PER. ¿Y su marido? ¿por dónde anda? Gran día para él, ¿eh?

ANITA Y tan grande. No ha parecido por aquí.

PEPITO ¿De veras?

PER. Y... y Pepe... ¿tampoco?

ANITA Tampoco. Suba usted, Eduardo, antes de que se marchen.

EDUA. Con permiso de ustedes. (Sube.)

PEPITO Ahora subiremos nosotros... cuando despejen...

ANITA Pues hasta ahora. (Se va con Eduardo.)

ESCENA III

PEPITO LUJÁN, PERICO SALDAÑA y el VIZCONDE DE CASA VILLAR

PER. (Arrellanándose en un sillón.) ¡Uf! Esto se llama aburrirse de lo lindo. Si lo sé no vengo.

VIZ. Pues no haber parecido por aquí, que nadie te ha llamado.

PER. No te amosques, querido. Comprendo que esto os divierta á vosotros. ¡A ver! Os habéis repartido á la familia... Tú, sorbiéndote á Lupe; tú, comiéndote á María Teresa.

PEPITO No tanto.

PER Y no os tragáis á Anita porque...

VIZ. ¿Qué?

PEPITO Oye. ¿Será verdad lo que dicen de Pepe Blasco?

PER. No sé; pero se han hecho tan íntimos él y el marido de Anita, que... chicos, parecen uno solo. Yo, cuando veo juntos á Pepe y á Paco, ni sé quién es Paco ni quién es Pepe, ni cuál es el esposo, ni cuál es el amigo. Y dicen que Anita los confunde también.

VIZ. ¡Vaya una lenguecita, buen amigo!

PER. ¿Molesta?

VIZ. Naturalmente... Me parece, Pepito, que Anita va á ser hermana tuya... y que va á ser hermana mía... y que nosotros...

PEPITO ¡Ah! ¿Piensas casarte, de verdad, con Lupe?

VIZ. A ver...

PEPITO Pues yo no pienso casarme con María Teresa.

VIZ. ¿Por qué?

PEPITO Porque no. Me gusta, es bonita, listilla, elegante... Pero ¡caballeros! ¡catorce novios! Ella misma me lo ha confesado. Y coqueta... En fin, estamos entre amigos.... Tú conoces bien á María Teresa.

PER. Hablemos claro. ¿No tendrá alguna culpa de tu desamor esa mejicanita que se ha traído á San Sebastián nueve coches sin contar gasolina? Estamos entre amigos, Pepito.

PEPITO ¡Hombre, por Dios!

PER. Y es hija única. Yo conozco bien á María Teresa, pero á vosotros ¡camará si os conozco también!

PEPITO (Amoscado.) Pues basta que otro conozca bien á María Teresa, para que yo, con María Teresa no quiera nada. Y hemos terminado. (Bebe.)

PER. (Imitándole.) «Bebamos antes.» Y hablemos de otra cosa. (Pausa.)

VIZ. (Sentándose.) Al fin me va á comprar papá un automóvil para mí.

PER. Pues ten cuidado, que si pescas una cuesta abajo, te metes en el Limbo.

VIZ. Hombre... Parece mentira. Cuando la tomas

con uno... El que yo quiera á Lupe no es para tomarla conmigo.

PER. Es de suponer. La tomarás tú solo, cuando te la dé el cura.

VIZ. ¿Lo estás viendo?

PER. Pero, ven acá, desgraciado. ¿Qué vas á hacer con Lupe cuando te cases?

VIZ. ¡Toma! Hacerla feliz. Yo tengo mi nombre y mi título para ella. Y la presentaré ante el mundo. Y tendrá cuanto quiera. Y hará cuanto le dé la gana. Y bailes y teatros... Y viajaremos...

PER. En el automóvil que te compre papá.

VIZ. Y que lo digas. Y rabiarán más de cuatro. Y seremos dichosos.

PER. Y se enterará á los dos días, si no lo sabe ya, de que eres tonto... y entoncés sí que la vamos á tomar contigo.

VIZ. ¿Ya estamos otra vez?

PER. No seas majadero.

VIZ Aquí el único que no es tonto, eres tú.

PER. Y éste. Perdona que te aluda. Si yo encontrase una mejicanita guapa y con diez millones...

ESCENA IV

DICHOS y DON FERNANDO

FERN. (Por la terraza.) ¡Oh, juventud dorada, futuros padres de la patria, esperanza dichosa del país!

PEPITO Don Fernando.

FERN. Venía huyendo del maremagnum femenino, y topo, para mi recocijo, con los más gallardos caballeros de esta bendita tierra. ¡Salud, señores!

PER. ¡Querido don Fernando!

VIZ. Felices tardes.

PEPITO Si venía huyendo de las visitas, sentimos...

FERN. ¡Por Dios!... ¡Ustedes!... ¿Qué tal, Vizconde; y usted, Luján? (Dando la mano á todos.) Y el famoso Perico Saldaña... Si estar con ustedes es volver á la primavera de la vida, que

dijo no sé quién. Si la juventud es mi encanto... Yo adoro á la juventud alegre, viva, dicharachera. Entre jóvenes estoy en mi centro. Celebro infinito el haberme encontrado con ustedes.

PER. Mil gracias.

VIZ. ¡Oh, don Fernando!

FERN. Vamos á ver. ¿Por qué creerán ustedes que yo adoro á mis hijas?

PER. Es tan natural...

FERN. No, señor. Porque son jóvenes, sencillamente. María Teresa, Lupe... tan bonitas, tan alegres, tan coquetonzuelas... De Anita no hablo, porque desde que se casó, parece otra: ¡siempre triste! No ha vuelto á reirse de nada... Creo que ni de su marido. En fin, ahora está más animada; ha encontrado en Pilar una amiguita de su cuerda.

VIZ. Una muchacha muy formal.

PER. Como su hermano. También Eduardo...

FERN. Pues, con franqueza, los que á esa edad toman la vida en serio no me convencen. Hace un mes que nos lo trajo Víctor, de París, como á los bebés, y yo no veo el instante en que se los vuelva á llevar.

PER. Parece que esa amistad ha echado en Víctor raíces muy hondas.

FERN. ¡Pché! Ya saben ustedes que Víctor no es, precisamente, el que inventó la pólvora. Conoció á Eduardo en París. En una ocasión salvó á mi hijo de un lío espantoso: duelo, cuestión de faldas, no sé qué. Le llevó Eduardo á su casa, le presento á su hermanita y le regaló un libro que acababa de publicar. Y Víctor, que se dedicaba á gastarme los cuartos y á hacer el ganso por el extranjero, después de tragarse la novelita y tratar íntimamente al autor, decidió consagrarse á admirar á su amigo y á ser formal. Y aquí le tienen ustedes hecho un hijo modelo.

PER. ¿Y ese librito, don Fernando, era el Kempis?

FERN. ¡Ja, ja, ja! Pero, hombre, ¿no lo conocen ustedes? El último de Eduardo...

PEPITO No.

VIZ. Como no leo nada..

PER. Yo no he tenido tiempo.

FERN. Pues es graciosísimo, Se titula *Veletas*. Estudia la veleidad de la mujer, su coquetería el amor, etc., etc. Y de todas sus bellas cua lidades, que él llama malas cualidades, nos echa la culpa á los hombres.

PER. ¡Hola, hola!

FERN. Y les pone á ustedes de imbéciles, á los jóvenes...

VIZ. ¡Hombre!

FERN. Y de interesados...

PEPITO ¿Eh?

FERN. Y de ridículos seductores...

PER. Tiene gracia.

FERN. ...Que casi me alegro de haber envejecido.

PER. Lo leeré, lo leeré.

FERN. Es famoso Que una coquetuela muda de novio cada cuatro días... ¿Quién sabe si es que en ninguno encuentra un alma que sea digna de la suya? Que una casada engaña á su marido... ¿quién sabe si su marido es un melón? Y, claro, nos resulta la tierra un melonar inmenso, sobre el cual revolotean las almas solitarias como purísimas mariposas. ¡Ja, ja, ja! Les digo á ustedes que éste Eduardito es encantador.

ESCENA V

DICHOS, LUPE, MARIA TERESA, LUCIA, MARGARITA y VICTOR. En seguida, ANITA, DOÑA ANA, PILAR y EDUARDO. Un CRIADO

LUPE (Corriendo, por foro izquierda; se dirige al banco y dando vueltas alrededor de él, pretende escapar á la persecución de Víctor.) ¡Que ya no vale! ¡Barrera! ¡barrera! ¡Ya no vale!

(Detrás vienen corriendo Víctor, María Teresa, Lucía y Margarita.)

FERN. ¡La tromba!

VÍCTOR ¿Cómo que no vale? Ya verás si te cojo.

LUPE ¡Que no! ¡Que no!

M. TER. ¡Déjala ya, hombre! Por Dios. Si corres más que un gamo.

VÍCTOR Sí, pues mira que tú...

(Lupe coge de las manos á Lucía y, cerca del foro, se

dedican á dar vueltas vertiginosas, como un molino. Un criado baja y se lleva lo que hay sobre el velador.)

ANA (Por la terraza del hotel, con Eduardo. Detrás Anita y Pilar.) ¡Pero Fernando!... Que se ha marchado ya todo el mundo y tú sin parecer...

FERN. ¡Pche! Hay confianza.

PER. ¡Gracias á Dios que podemos felicitarla!

VIZ. Millones de millones de felicidades.

PEPITO Felicidades. Muchas felicidades.

ANA Gracias, gracias. Pero siéntense... Es decir, no: que parece mentira que estén ustedes aquí como en un café, charla que charla, y me dejen solas á las chiquillas.

PER. Don Fernando nos ha dado el placer de entretenernos.

ANA Pepito, ¿y su mamá? ¿Cómo no ha venido? Si supiera cuánto la echo de menos...

PEPITO Compromiso.. un compromiso ineludible. Ha ido con las de Troncoso, á la quinta de las de Fanjull. Pero me ha dicho que al regreso entrará á saludarla.

ANA Se lo agradeceré.

LUCÍA ¡Ay! Ya no más, que me mareo. Que me caigo.

PER. ¿La sostengo á usted?

ANA Ea, vámonos por la puerta del campo. A la vaquería. Se acabaron las tertulias.

LUPE, M. TER., LUCÍA, MARG. ¡Eso! ¡Eso! ¡A la vaquería! ¡A la vaquería!

ANA Tú, Víctor, ¿he traído yo á tus primas para que se pasen una semana bostezando? Lucía, ven acá. El brazo. Así. Y tú... Margarita.. con Perico Saldaña. Lupe... Vizconde... Eduardo, ¿vamos? ¡Qué juventud y qué galantería? (A Fernando.) Y tú, conmigo.

FERN. Pero... mujer... A estas alturas...

ANA Eduardo, el brazo á Anita.

ANITA No, mamá. Váyanse ustedes, yo me quedo.

ANA ¿Serás tonta? ¿Vas á esperar á tu marido?

FERN. ¿Crees que va á venir Paco? ¡Infeliz!

ANITA No; es que no tengo gana de...

PILAR Yo me quedo con ella.

EDUA. La acompañaremos nosotros.

ANITA Estoy cansada de tanto trajín.

ANA Bien. Como quieras. Vamos.
LUPE ¿Se puede correr?
FERN. Hasta cierto punto, nada más.
LUPE ¡Pues, adelante! (Se va corriendo por la izquierda, seguida de las muchachas y muchachos. Detrás don Fernando y Ana.)

ESCENA VI

ANITA, PILAR y EDUARDO

Eduardo queda un instante contemplando á los jóvenes que se alejan corriendo. Pilar fija sus ojos en Anita, que, sin poder disimular su pena, oculta el rostro entre las manos

PILAR Anita... Anita... ¿Qué tienes, mujer? ¿Por qué lloras? (Intentando separarle las manos.) ¡Anita!... ¡por Dios! Eduardo...
EDUA. ¿Qué? ¿Qué pasa?... ¿Qué tiene usted, Anita?
ANITA Nada.. No es nada... Déjame... Déjenme ustedes... Es que... No sé..
PILAR No te pongas así, por Dios.
ANITA (Intentando sonreir.) Los nervios. Es que soy tonta... Perdonadme... El día... La gente... Estoy... No sé... (Sin poderse contener, echándose á llorar con más fuerza y huyendo hacia la escalinata.) ¡Es que no puedo más!
PILAR (Yendo tras ella y casi abrazándola.) Anita...
EDUA. Amiga mía...
ANITA ¡Oh, déjame, por favor!... Déjame... No puedo... Quiero llorar... Quisiera morirme...
PILAR Pobre mía...
ANITA Déjame, por Dios... sola, sola. Que ya no puedo... Déjame, Pilar, déjame... (Sube la escalinata y desaparece.)

ESCENA VII

PILAR y EDUARDO

PILAR Pobre Anita.
EDUA. Es cierto... Pobre... (Pausa.) Pero no será nada... Pasará .. Son los nervios.
PILAR No, Eduardo. Es el alma.

EDUA. Es el alma... sí... Ya lo sé. (Pausa. Pasea un instante, y termina deteniéndose resuelto ante su hermana.) Escucha, Pilar... ¿Tú sabes?... ¿Es cierto que Pepe Blasco ha sido, ó es, el amante de Anita?

PILAR ¡Eduardo! Que me preguntes eso...

EDUA. Tienes razón. Perdona. No he debido preguntártelo así... Quise decirte que... que Anita... ya sé yo que no puede tener un amante... Pero... bien pudiera llorar por alguien... y bien pudieras tú saberlo. Porque su marido no merece estas lágrimas.

PILAR Entonces ¿quién? ¿Pepe Blasco? Y me lo preguntas á mí... Pues no lo sé. ¿Te interesa mucho saberlo?

EDUA. Cuando te lo pregunto ..

PILAR Cualquiera diría que estás enamorado de Anita.

EDUA. ¿Enamorado? No... Es decir: según... Si tú llamas enamorado al que desea á una mujer para hacerla su esposa ó para tenerla... no lo soy; así no puedo amarla, porque no puede ser para mí. Pero si enamorado es quien, sin pensar siquiera en acercarse á esa mujer, admira su bondad y se interesa y sufre un poco por sus dolores... entonces, sí.

PILAR ¡Ah! Vamos...

EDUA. Una mujer buena, inteligente, honrada, digna de ser dichosa, que cae—¡y cae tantas veces!—en manos de un cualquiera, bien merece un poco de cariño ó de compasión de alguien que sea bueno.

PILAR Sí... tal como tú lo dices ..

EDUA. Es ese todo mi interés, Pilar. Confieso que no puedo sentir indiferencia ante el dolor de esta pobre mujer. La mía, la que quisiera yo para mi hogar, no podría ser mejor que ella. Por eso me entristecen las lágrimas de Anita y me subleva el cinismo de su marido.

PILAR ¡Ay, hermanito mío! Y por tu afán de novelar que nunca te abandona.

EDUA. Tal vez.

ESCENA VIII

DICHOS y VÍCTOR

VÍCTOR (*Por la izquierda. Viene deprisa, acalorado y furioso.*) ¿Y Anita? ¿Dónde está Anita? ¿No estaba aquí?

EDUA. ¿Eh? ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

VÍCTOR Verla.

PILAR Está en su cuarto. Ha subido un momento.

VÍCTOR Pues voy...

EDUA. No; espera: Dime antes qué tienes, por qué estás así.

VÍCTOR ¿Por qué? Porque ya no puedo aguantar á toda esta colección de muñecos que vienen á divertirse con mis hermanas y á reirse y arrancar el pellejo y á insultar.

EDUA. Hombre...

VÍCTOR Pero ¡claro! ellas han de vivir, han de casarse, no pueden estar encerradas en un calabozo. Y por todos sitios han de encontrarse con los mismos entes. Y cuando aparecen por la puerta no se les puede arrojar por el balcón. Y se admiten maridos como Paco, y amigos como Pepe y pretendientes como Pepito... Y no puede ser; yo no aguanto esto. ¡Vamos hombre, que no!

EDUA. No te pongas así. Ten calma. A ver... ¿Qué ha pasado?

VÍCTOR Nada, después de todo... Casi es cosa de risa. Un chistecito... Muy gracioso... Pero yo sé por dónde va el agua al molino. Si mis padres no aguantaran en casa amistades como la de Pepe Blasco...

EDUA. Víctor.. que no sabes lo que te dices...

VÍCTOR Por eso quiero saberlo de úna vez. (*Al ver á Anita que aparece en la terraza.*) Ahí está Anita.

EDUA. Y ya te estás marchando tú. Pilar, llévate á éste de aquí.

PILAR Víctor...

VÍCTOR Eduardo...

EDUA. (*Llevándole con Pilar á viva fuerza hacia la izquierda.*) Por donde has de empezar es por respetar á tu hermana.

PILAR Y en un día como hoy... este disgusto. Como si la pobre no tuviera bastante. Venga usted. Tranquilícese un poco, antes de hacer nada.

EDUA. Y reflexiona. Haz caso á Pilar. Y serénate ante todo. Anda.

VÍCTOR ¿De modo que no tengo razón?

PILAR Sí; pero piense antes. Yo puedo decirle muchas cosas.

(Pilar y Víctor desaparecen por la izquierda.)

ESCENA IX

ANITA y EDUARDO. DON FERNANDO al final

ANITA (Que ha presenciado el final de la escena anterior.) ¿Qué le pasa á mi hermano? ¿Por qué se lo lleva así Pilar?

EDUA. ¡Bah! No haga usted caso. Tonterías suyas... Ya sabe usted cómo es. (Pausa.) Y usted... ¿está más tranquila?

ANITA Sí; ya pasó.

EDUA. Si quiere que vayamos á...

ANITA No; no quiero más gente. Estoy bien aquí. Y perdóneme que les haya dejado antes de una manera tan...

EDUA. ¡Anita, por Dios! A nosotros... Si Pilar la quiere á usted como á una hermana, y yo... yo quisiera ser un hermano para usted.

ANITA Lo sé, Eduardo... Gracias. Tiene usted lástima de mí.

EDUA. No, Anita; lástima no. Es admiración lo único que puede sentirse por usted. Y simpatía... Y... cierto dolor de no poder ofrecerle un consuelo.

ANITA Gracias, Eduardo, gracias. Ya sabía que era usted así. Y en cuanto á ese consuelo, ¿usted qué sabe si ya me lo ha ofrecido?

EDUA. ¿Yo?

ANITA Sí; le he conocido á usted... antes de conocerle.

EDUA. ¿Antes?

ANITA Bien puede conocerse por un libro á quien lo escribió.

EDUA. No siempre.

ANITA Tal vez; pero cuando en él se halla un alma y una verdad...

EDUA. Entonces, sí; tiene usted razón. Si usted conoce mis libros, me conoce, es cierto. No he mentido en ellos jamás.

ANITA Por eso le hablo así. Ya lo sé. Cuando un libro sabe mostrarnos nuestra vida y mitigar nuestros dolores, se le quiere como á un hermano. ¡Y hay tantas pobres mujeres engañadas, que creyeron encontrar un amor donde no está el amor! Para ellas el cariño desvanecióse, dejando como rastro un deber. Viven solas, sin apoyo de nadie; si alguna vez vacilan, si caen, nadie compadece, nadie disculpa, todos recriminan. Y es que todos ven en la pena de vivir sin cariño una desgracia natural, forzosa; algo así como una enfermedad, como la misma muerte. Contra la muerte no se revela nadie. Contra la pena de vivir sin amor tampoco puede rebelarse una mujer. Que lloren y que callen. Pero si hay quien les dice, annque sea en las páginas de un libro, que hay rebeliones justas, y que todos los hombres no son como estos hombres que pasan á su lado, ó, por lo menos, que no debieran ser... entonces, Eduardo, yo le aseguro que esas pobres mujeres llorarán.. llorarán, sí, porque llorar es su destino; pero con el consuelo del que ya no está sólo, del que siente que le defiende alguien, que alguien llora con él... aunque sea un poeta.

EDUA. Dichoso el poeta, si ha encontrado palabras para infundir ese consuelo.

ANITA Las he encontrado. Yo se lo digo, y se lo agradezco en nombre de esas pobres mujeres. Y en el mío, porque... ¿qué mujer no necesitará palabras de consuelo?

EDUA. Es verdad.

ANITA Será una indiscreción, pero me agradaría saber cómo, de dónde ha salido esta última novela suya.

EDUA. Muy sencillo.

ANITA Quizá alguna mujer...

EDUA. No, Anita, no. Una mujer, no; han sido mu-

chas... Ellas la hicieron y yo la tomé de cualquier parte.

ANITA ¿Pero de dónde? El momento, la ocasión es lo que yo quiero que me diga.

EDUA. ¿Y no se reirá cuando sepa que ha salido de un palomar?

ANITA ¿De un palomar?

EDUA. Sí. Un palomar que hay frente á mi ventana, en mi jardín. Una tarde contemplaba yo su veleta y antojóseme ver en ella, atravesada por el pecho, á una mujer. Una mujer que se revolvía husmeando, buscando en el espacio algo invisible que no encontraba nunca. Hacía viento. Al girar bruscamente el hierro, mohoso, lanzaba un chirrido; y sonaba tan triste que me pareció el gemir de la mujer al volverse á otra parte. Y eso es todo. Cavilaciones de un chiflado, cuando se aburre en una tarde de esas en que se nos pasan las horas mirando al cielo.

ANITA Así he pasado algunas, con su libro sobre mi falda. Pero esas tardes, para usted, son creadoras, de trabajo, de inspiración, su libro lo prueba, mientras que para mí... Yo, en esas tardes, ponía á su obra otro nombre.

EDUA. ¿Cuál?

ANITA «Tristeza.»

EDUA. Título posible Otro, imposible, hubiera yo querido ponerle.

ANITA ¿Cuál?

EDUA. «Amor,» sólo «Amor.» (Pausa. Quedan los dos pensativos, sin mirarse. De pronto, en la carretera, se oyen sonar locamente las bocinas de varios automóviles que pasan, voces y carcajadas de mujer.) ¡Qué barbaridad! ¿Qué es eso? Qué escándalo...

ANITA Gente que se divierte.

EDUA. Es verdad. Ya no estaba en el mundo. Alguna jira.

ANITA Milagro será que no ande mi marido por ahí.

FERN. (Por la izquierda.) Ahí está el ilustre y caballeroso don Francisco, honra y prez de la hidalguía castellana, con su fiel escudero el amigote Pepe.

ANITA Ya lo sé.

FERN. ¿Le has visto?

ANITA No; pero es igual.

FERN. Yo sí; desde la vaquería. Hace un momento. Se ha adelantado á la expedición, pero el efecto es el mismo.

ESCENA X

DICHOS, PACO, PEPE y MARCELO LÓPEZ

MARC. (Por la izquierda.) ¡Fernandillo!... ¡Muchacho!... Ven acá, hombre... Abrázame. ¡Cuánto tiempo sin verte! (Detrás, despacio, aparecen Paco y Pepe, procurando ocultar con una seriedad exagerada la alegría que les retoza por todo el cuerpo.)

FERN. ¡Eh! No me abraces... Hazme el favor.

MARC. ¿No? ¿Por qué?

FERN. Parece mentira que á tu edad...

MARC. ¿Envidia? Vaya, hombre, vaya. Lo que tú quisieras es danzar al són que yo danzo.

FERN. ¡Marcelo!

MARC. En fin; aquí te traigo á tu yerno. Venimos de Biarritz. El pobre viene medio... (Al ver á Anita.) ¡Uy! Usted perdone. ¿Es... tu...?

FERN. Anita. Mi hija Anita.

MARC. Señora... tengo un placer... Es decir, tengo un sentimiento en haber robado á usted, en un día como hoy... Pero ha sido un asunto urgentísimo, sin demora... Paco le explicará... Por lo demás... mil felicidades.

ANITA Gracias.

PEPE Anita... Yo hubiera deseado ser uno de los primeros... Pero ayer se estaba muriendo el administrador.. de un señor... de un negocio... ¿eh, Marcelo?

MARC. Eso es.

PEPE Yo se lo decía á Paco: que mañana es tu santo ¿eh? .. que mañana es la religión antes que la devoción... y la obligación del santo.. de tu santo... vamos, del santo de tu mujer, ¿eh? ¿Usted comprende? Pero tenía que firmar.... Y luego el muerto estaba solo... Y, claro... nos decía el administrador: Aguarden ustedes, por Dios, hasta mañana. ¿Verdad, Marcelo?

MARC. Sí.

PEPE Yo le decía á Paco: Que mañana... mira que mañana... Y así se nos ha pasado la noche, sin dormir... Puede usted creerlo. ¿Eh, Marcelo?

MARC. Verdad.

ANITA No se moleste usted en explicarme. Comprendo...

PEPE Yo tenía muchas ganas de felicitar á usted.

ANITA También lo creo. Gracias

PACO Ahí ves... Momentos... Parece que eligen los momentos de la vida más... ¡Toda la noche! ¡Horrible! ¡Es que toda la noche! Como que yo no puedo tenerme. (Sentándose,) Traigo un humor de mil diablos. No me digáis nada, ¿eh? Ni una palabra.

PEPE Si es que ha sido... Yo creí que... Pero... ¡Qué barbaridad, hombre, qué barbaridad!

PACO Oye, Anita. Supongo que no me guardarás rencor; pero ha sido imposible. Yo le decía á Pepe: Mira que mañana... no estar allí... Mi pobre Anita...

PEPE ¡Y qué noche!... ¡Qué cuadro!

PACO Eso es ¡Qué cuadro! Este no hacía más que acordarse de ti, puedes agradecérselo. Pero á ese señor no había manera de verle más que hoy... Pasaba por San Sebastián, á París... Y teníamos que esperarle en San Sebastián... Y había que verle hoy antes de las once...

PEPE A las once y media le enterraban...

PACO (¿A quién?)

PEPE (¡Cállate, hombre!) Al administrador... Y aunque sólo fuera por el arreglo del negocio, ¿quién no le acompañaba?

PACO Hasta que pudimos salir de San Sebastián. Gracias á que nos ha traído Marcelo López.

PEPE Porque el automóvil se nos ha estropeado en San Juan de Luz.

PACO (Casi al mismo tiempo.) En San Sebastián.

PEPE Hemos tenido que dejarlo.

FERN. ¿También el coche? ¡Paco!...

MARC. (No te apures Está en Biarritz. Lo han empeñado. Yo te daré la papeleta.)

FERN. ¡Vete á paseo! Y acabemos de una vez. Es ya mucha frescura... Con permiso de usted, Eduardo... y de ustedes. Anita, hazme el fa-

vor de subir. (Anita sube.) Paco, sígueme. (Sube don Fernando.)

PACO (Dando unos golpecitos amistosos en la espalda á Pepe.) ¡Pepillo!...

PEPE (Idem á Paco.) ¡Paquete!... (Paco sube.) Y usted, eminentísimo poeta, se queda con nosotros, ¿eh? (Cogiendo del brazo á Eduardo y á Marcelo y llevándolos hacia el foro izquierda.) Vamos á dar una vueltecita por ahí, á ver si nos despejamos un poco.

EDUA. Usted, que yo estoy despejado.

PEPE Es igual. Acompañaremos hasta la puerta á éste. En seguida subimos á ver si hay cadáveres. Ya sabe usted:

«En este mundo traidor
nada es verdad ni es mentira.
Ya lo dijo aquel señor
que se llamó Campoamor:
todo es según el color
del cristal con que se etc...»

(Desaparecen por la izquierda de la terraza.)

ESCENA XI

MARÍA TERESA y PEPITO LUJAN

M. TER. (Por la izquierda, corriendo.) ¡Anita!... ¡Anita!... No está... ¿Dónde se habrá metido? Voy á ver si está arriba. (Sube la escalinata pequeña.)

PEPITO (Por la izquierda.) María Teresa... Oye. Un momento. Hazme el favor.

M. TER. ¿Eh? ¿A qué vienes tú aquí?

PEPITO A hablarte.

M. TER. ¿Te han visto?

PEPITO No sé. En cuanto hemos entrado por la puerta del campo, cada cual ha salido corriendo por donde bien le ha parecido...

M. TER. Pero, mamá...

PEPITO Se ha quedado en la plazoleta del columpio, con toda esa gente. Como te he visto venir hacia acá, me he escurrido por detrás del cenador. No es más que un momento.

M. TER. ¿Y si nos vieran?

PEPITO ¡Bah! Si nos vieran una vez y otra vez... Pero como á nosotros no es fácil que nos vean otra vez juntos...

M. TER. ¿No?

PEPITO Quizá ésta sea la última vez que hablemos.

M. TER. ¡Ja, ja, ja! Pepito, ¿cómo es eso?

PEPITO Nada de risas. Comprende que cuando te busco con tanta premura, para algo grave será.

M. TER. Bien. Habla; pero no te pongas dramático, porque lo serio me hace mucha gracia.

PEPITO Por hacerte tanta gracia lo serio es por lo que á mí no me hace ninguna tu poca seriedad.

M. TER. ¡Ah, vamos! Un sermoncito por alguna tontería.

PEPITO Por una tontería no estaría yo así.

M. TER. ¿Cómo?

PEPITO Pues... así. ¿No lo ves? Temblando. Nervioso. ¿No lo ves?

M. TER. Sí que te encuentro un poquito más tonto que ayer; pero no lo daba importancia. Como estás creciendo...

PEPITO ¡María Teresa!

M. TER. ¡Pepito!... ¡Ja, ja, ja! Ea, déjame en paz. Voy á avisar á Anita, que mamá la llama.

PEPITO Espera; que cuando te digo que esto es cuestión de vida ó muerte...

M. TER. Pero ¿qué quieres? ¿Salirme con la historia de que me río mucho, que no puedo estar quieta en parte alguna, que grito y que salto y que corro?...

PEPITO Que no tienes formalidad. Y que yo no puedo tolerarlo.

M. TER. ¿Era todo eso lo que querías decirme?

PEPITO Claro.

M. TER. Pues ya está dicho. Adiós.

PEPITO No... Oye... Que esto no puede quedar así.

M. TER. Vaya. Acaba de decir tonterías. ¿Es que quieres que terminemos ya de una vez?

PEPITO No señor. No hay tal cosa. Yo no he dicho tal cosa. Lo que yo he dicho es que...

M. TER. No has dicho nada; pero yo ya sé lo que quieres decir.

PEPITO Mejor. Así sabrás que ningún hombre que piensa casarse con una mujer, puede con-

sentir que esa mujer se ría á carcajadas cuando un novio que tuvo antes le dice cosas, como tú con Perico Saldaña.

M. Ter. Perico Saldaña decía esas cosas á Margarita, á Lucía y á mí.

Pepito Pero como yo no pensaba casarme con Lucía ni con Margarita... Además, la otra tarde bailaste tres veces con Pablo Montejo, que también ha sido novio tuyo. Y también te reías.

M. Ter. ¡Vaya por Dios!

Pepito Y la otra noche, en casa de Bermejillo, te bebiste tres copas de Jerez que te dió, seguiditas, Federico Millán, que también ha sido novio tuyo. Y no me dirás que no te reías.

M. Ter. Eso es verdad.

Pepito Y la tarde que fuimos á Fuenterrabía, se reunieron allí Fernando Hinestrosa, Carlos Martínez, Felipe Larrañaga, Lorencito Lorenzana, Perico y Peñalrío. Y todos eran...

M. Ter. Antepasados tuyos. ¡Ja, ja, ja! Si aunque no quiera, tengo que reirme. ¿Lo ves?

Pepito Pues á mí no me hace ninguna gracia pensar que, el día de mi boda, puedo encontrarme en la iglesia á todos mis antepasados haciéndose guiños.

M. Ter. ¿Pero tú has pensado alguna vez en nuestra boda?

Pepito Cuando mi mamá vino á hablar con la tuya...

M. Ter. Hablar por hablar. Yo no he pensado en ello nunca.

Pepito Entonces, ¿por qué me dijiste que sí?

M. Ter. Pues, francamente, por costumbre. Como el que juega á la lotería. A ver qué resultaba.

Pepito ¡María Teresa! ¿Estás viendo cómo tengo razón? Ese carácter es... ¡Ese carácter!

M. Ter. Pero de este carácter no tengo yo la culpa. Cuando mi primer novio, que se llamaba, creo...

Pepito Calixto San Gabriel.

M. Ter. ¡Eso! Era yo entonces, toda poesía. ¡Ja, ja, ja! Y si vieras, qué seriecita, qué soñadora...

Pepito Siento no haber llegado entonces.

M. Ter. Hubiera sido igual, porque tú eres tan Calixto como el primero. Y como él fué quien,

con el primer desengaño, me arrancó la primera ilusión... Luego vino...

PEPITO Fernando.

M. TER. Eso es. Que consiguió hacerme creer que me adoraba... y se marchó á París con una tiple. Y después...

PEPITO Lorencito Lorenzana.

M. TER. El mismo; que... ¡ya, ya! En fin, chico, no te voy á contar detalladamente todas mis relaciones.

PEPITO Me las sé de memoria.

M. TER. Pero que te conste, y esto lo digo en serio, que al tercer amorío me cansé de llorar. Me convencí de que aquello más era cosa de risa que de lágrimas, y, como me dijeron que un día ú otro había de casarme, me dije yo: *Pues adelante, señores; pasen, pasen, vayan pasando.* Y fuisteis pasando... y á ver quién no se regocija con un desfile tan donoso. De manera, Pepito, que si ahora te subleva el verme tan poco soñadora y tan informal y te molestan mis carcajadas, vas y les pides cuentas á Lorenzana, á Fernando y á Calixto San Gabriel. Creo que no puedo ser más clara.

PEPITO Pues lo siento; pero eso, á mí... me parece imposible.

M. TER. Ya... pues así soy, ó así habéis hecho que yo sea, y así hay que tomarme.

PEPITO Pues lo siento, pero eso á mí... me parece muy mal.

M. TER. Pues con dejarlo...

PEPITO Pues por dejado. Sólo sentiré que tú creas...

M. TER. Nada. Puedes estar tranquilo.

PEPITO Entonces...

M. TER. Esta es mi mano. (Retirándola de pronto.) Digo, no; que en un rompimiento tan terrible como éste no ha de sobrevivir ni la amistad. ¡Ja, ja, ja! Adiós, Pepito. (Sube.) ¡Ah! Perdona, se me olvidaba. Si alguna vez te decides á hacer un viaje á América, envíame unos sellos de Méjico para mi colección. Te lo agradeceré. ¡Ja, ja, ja! (Desaparece.)

PEPITO (Asombrado) ¿Eh?.. Bueno... De modo que... Por lo visto... Pues maldita la gracia que tiene...

ESCENA XII

PEPITO LUJÁN, DOÑA ÁNGELES y DOÑA AMELIA

ANG. (Por la izquierda con Amelia.) Pepito... ¿Qué haces por aquí solo? ¿Y Ana y las chicas?
PEPITO Hola, mamá. Por ahí andan.
ANG. He visto ahora mismo á María Teresa que se iba por la puerta de la terraza como una exhalación. ¿Hay algo?
PEPITO Sí.
ANG. ¿Qué ocurre?
PEPITO Pues que ya se acabó.
AMEL. ¿Lo de María Teresa?
PEPITO Lo de María Teresa.
ANG. ¡Ay, hijo! ¡Cuánto me alegro!
AMEL. Y yo, porque quien te conoce desde niño, ¿qué va á desear para ti más que lo que tu madre desea?
ANG. Y que hay cosas imposibles.
AMEL. Has hecho bien, Pepito, muy bien. Lo que siento es que esa muchachita de América que va siempre con su papá, no visita á ninguna de nuestras relaciones. Como acaban de llegar... Pero se andará todo. Ya verás cómo yo lo arreglo.
PEPITO Aquí viene doña Ana.

ESCENA XIII

DICHOS, DOÑA ANA. A poco DON FERNANDO, ANITA, EDUARDO y MARÍA TERESA

ANG. Mi querida Ana... Si supieras cuánto he sentido no dedicarte el día... Felicidades, querida, felicidades. Y mil besos.
ANA Gracias, Angeles.
ANG. Te he traído á la de Troncoso, Amelia. Deseaba conocerte.
ANA Tengo tanto gusto...
AMEL. Me he atrevido en gracia á la amistad de Angeles. Hemos hablado tanto de ustedes... Tengo un verdadero placer en felicitarla.

ANA — Mil gracias.

ANG. — ¿Y tus chicas?

ANA — Allí está Lupe con mis sobrinas. Anita y María Teresa, arriba, con su padre. Precisamente iba á buscarlas. ¿Quieren ustedes que subamos?

AMEL. — Como usted guste.

ANG. — No, que ya están aquí. (A Anita que baja con María Teresa, seguida de don Fernando. Eduardo aparece al mismo tiempo por la izquierda de la terraza.) Vamos, señora de los días, que bien se hace usted esperar...

ANITA — Usted, que nos ha tenido toda la tarde sin saber dónde paraba.

ANG. — Déjame que te dé un millón de besos. Y felicidades. ¿Y tú, María Teresa? ¡Qué monísima! ¡Qué reteguapísima estás! (La besa.) ¿Y usted, don Fernando? Tan veterano como siempre, ¿eh?

FERN. — Según á lo que llame usted veterano.

ANA — Mis hijas... Mi marido... La señora de Troncoso...

FERN. — Señora...

ANG. — ¡Ah! Eduardo, tu novelista predilecto. Le advierto que Amelia está medio loca por usted. En el buen sentido de la locura.

EDUA. — ¡Oh! Tantísimo gusto.

ANG. — Es una admiradora terrible.

AMEL. — Sí, es verdad. ¿A qué negarlo? Hace ya mucho tiempo que deseaba conocerle. Sus novelas me encantan. Porque son ustedes tan pocos los novelistas que no dan sueño...

EDUA. — Señora...

AMEL. — Yo, en cuanto me meto en la cama y cojo un libro.. como un tronco á los cinco minutos. En cambio, con usted... ¡¡Oh!!

EDUA. — ¡Señora!

AMEL. — Escribe usted maravillosamente.

ANG. — ¿No lo dije?

FERN. — Pero, sentémonos. Las conferencias literarias deben oirse con comodidad.

M. TER. — Mamá, voy con las chicas.

ANA — Bien.

M. TER. — Con permiso de ustedes.

(Se va por la izquierda; á poco Pepito se marcha también.)

AMEL. Es que á mí la literatura me encanta, y sobre todo la novela; porque hay novelas que parece que están pasando todos los días. Sin ir más lejos, en esta última de usted, esa mujer que deja de amar á su marido porque su marido es un cualquier cosa, parece real. A casi todas mis amigas les está pasando.

ANG. ¡Amelia, por Dios!

FERN. ¡Ja, ja, ja! Es gracioso.

AMEL. Pues si es así.. A mí me gustan las cosas claras. Mire usted, Eduardo; á la mayoría de las mujeres, casadas sobre todo, nos está haciendo mucha falta un hombre como usted.

EDUA. Señora...

AMEL. Que diga la verdad, que nos defienda, que eche á los cuatro vientos el por qué de nuestras veleidades. Pero es muy cómodo eso de cantar *la donna e móbile* y no dejarla estarse quietecita.

FERN. Cierto, cierto.

AMEL. ¿Sabe usted lo que le digo, Eduardo? Que todas mis amigas no saben ya dónde ponerle á usted ni de dónde arrojar á sus maridos.

FERN. Lo que le comunico para su satisfacción y efectos consiguientes.

EDUA. ¡Por Dios, señora! Que yo no merezco...

AMEL. ¿Cómo que no? ¿No es meritorio eso de que un hombre tome nuestra defensa, aquí donde las mujeres venimos á ser unos trastos... bonitos, sí, pero unos trastos nada más? Y si no ¿por qué ha escrito usted ese libro?

EDUA. No es fácil... así... en un momento...

AMEL. ¿Cómo que no? Digo, me parece. Yo creo que porque le da lástima ver que nadie las educa, ni las comprende, ni las quiere. ¿Y qué van á hacer las pobrecillas?

EDUA. En eso tiene usted razón.

ESCENA XIV

DICHOS. MARÍA TERESA, LUPE, PILAR, MARGARITA, LUCÍA, VÍCTOR, PERICO SALDAÑA, PEPITO LUJÁN, el VIZCONDE DE CASA-VILLAR, FÉLIX y ENCARNACIÓN

Se oyen gritos por la izquierda y aparecen asustadas, corriendo, las muchachas seguidas de los jóvenes

LUPE ¡Ay, mamá! ¡Ay, Dios mío, qué susto! ¡Un ladrón! ¡Debe ser un ladrón!

M. TER. ¡Un hombre, mamá, un hombre! ¡Parece loco!

MARG. ¡Ay, tía de mi alma; qué susto!

LUCÍA ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!

PILAR Pero, por Dios, que ya sabremos lo que pasa.

VIZ. Yo no sé... Yo no sé... Algo será... Algo será...

PEPITO No ponerse así.

ANA Pero ¿qué pasa?

FERN. ¿Qué ocurre?

EDUA. ¿Se han vuelto ustedes locos?

LUPE Un hombre... Un asesino...

LUCÍA Es que está demente...

M. TER. Venía corriendo...

(Todos quieren hablar á un tiempo: «Es que»... «Yo lo vi»... «Entró corriendo», etc., etc.)

FERN. ¡Silencio! Uno solo. Usted, Saldaña. Hágame el favor... ¿Qué ha pasado?

PER. Yo creo que nada. Por la puerta del campo se ha entrado como un huracán un hombre que trae á una mujer casi á la rastra. Víctor ha salido á su encuentro y ahí vienen. (Se separan todos y quedan mirando hacia la izquierda Silencio.)

ANA Pero... Dios mío...

FERN. Es raro esto.

EDUA. A ver qué dicen.

VÍCTOR (Apareciendo.) ¡Qué barbaridad! Pues no sois nadie asustándoos. Un hombre y una mujer, total nada. Aquí están.

FÉLIX (Viene jadeante; apenas puede hablar de la emoción y de la carrera. Encarnación, avergonzada, oculta el

rostro estrujándolo contra el hombro izquierdo de Félix, que la sostiene por la cintura.) Señores... Perdón... No soy un hombre malo... No he hecho nada... Ha sido que.. Yo les suplico... Por ella, por ella solo... Hemos entrado, porque no había otro remedio que entrar. Pero nos marcharemos.. Un momento... Nada más que un momento. Perdónennos ustedes.

VÍCTOR Tranquilícese, hombre... que después de todo, usted no ha echado abajo la puerta.

FÉLIX ¡Oh, señor, gracias! Yo les juro á ustedes que no he hecho nada... Pero entrar así... Pensarán ustedes... Yo les explicaré...

FERN. Pero usted ¿á dónde va?

FÉLIX Ya no lo sé, señor. Iba á Francia... en el tren.

FERN. Entonces...

FÉLIX Hemos tenido que bajar... á la fuerza.

FERN. ¿No llevaban billete?

FÉLIX Sí, señor... Mire usted... Aquí están... No sé... Con la carrera lo hemos perdido todo.

FERN. No; no lo busque, no hace falta. Pero díganos... ¿Esta mujer?

FÉLIX La mía. Es decir, ayer era mi novia. De ayer á hoy no hemos hallado más que sustos y penas... y... Muy sencillo, señor; nos queremos. Se llama Encarnación y... nos queremos, señor, nos queremos.

FERN. De modo que... ¿se han escapado ustedes?

FÉLIX Sí... No había otro remedio. Venimos de Madrid. Es huérfana. Su tutor tiene un hijo... Querían vivir á costa del trabajo de ella... y casarla con el hijo... y, está claro, lo que no puede ser, no puede ser. Por encima de todo está el querer que nos tenemos mi Encarna y yo. Soy cajista. Un hermano mío tiene imprenta en París. Como no podíamos aguantar más á aquella gente hemos tomado el tren... y á París. Pero venía con miedo, porque el telégrafo corre. Y no perdía de vista el vagón de los civiles. Y en esta estación preguntaba de prisa un empleado por la pareja. Bajar la pareja por el lado del andén y arrojarme yo con mi Encarna por el otro, todo fué uno. Estoy seguro que

era el aviso. Yo no sentí más que como si el corazón se me fuese á salir por la boca. No sé por dónde hemos venido. He atravesado un campo... He visto una carretera... Una puerta abierta... Entré... Y aquí estamos... Tú, Encarnación, levanta la frente para que te miren á los ojos y vean estos señores que es verdad, que lo único malo que hemos hecho... es lo único bueno que podemos hacer: querernos mucho. (Casi llorando.) Y lo que ustedes quieran que sea de nosotros.

FERN. A ver, Víctor, tú mismo; vé corriendo y que cierren la verja. Aquí no entra nadie. (Nótase en todos un movimiento de satisfacción y cierto murmullo, como si todo el mundo respirase después de estar ahogándose.)

FÉLIX ¡Oh, señor! ¿De verdad?

ENC. Señor...

EDUA. ¡Bravo, don Fernando!

ANA Querido Fernando.

ANITA ¡Oh, papá!

FERN Anita, acompaña á esta muchacha. Y usted, ¿cómo se llama?

FÉLIX Félix.

FERN. Pues venga usted conmigo.

AMEL. Ya es muy tarde. Nos vamos.

ANA Pues vamos hacia allá. Las acompañaremos.

EDUA. Y vayan felices, que hoy siquiera hemos visto cómo pasa el amor.

(Van desfilando. María Teresa, que se ha quedado inmóvil, junto á la escalinata, al quedarse sola, rompe á llorar. Eduardo, que se ha detenido al ver la extraña actitud de María Teresa, se acerca despacio como asombrado de ver lo que ve.)

ESCENA XV

MARÍA TERESA y EDUARDO

EDUA. ¡Pero... María Teresa!

M. TER. (Asustada.) ¿Eh?

EDUA. (Entre bromas y veras.) ¿Usted llora?

M. TER. No...

EDUA. Si parece imposible... esos ojillos pícaros, que nunca hicieron otra cosa que bailar...

M. TER. No se burle de mí, por favor, Eduardo...

EDUA. Vamos... serénese... Alguna tontería con el amigo Luján, ¿no es eso?

M. TER. ¿Quién? ¿Ese? ¡Y qué me importa á mí! Si no le quiero... Ni á él... ni á los otros... á nadie. Ni ellos á mí...

EDUA. ¿Y por eso llora?

M. TER. ¡Porque ya nadie me querrá! Hemos *visto cómo pasa el amor*. Y yo... para siempre.

EDUA. Vaya... La escenita de Félix. Un poquitín de envidia al pensar lo que se querrán esos muchachos para hacer lo que han hecho, ¿eh?

M. TER. No lo niego. Nunca he visto amar así.. Y hoy... ¡Dios mío!... Veo á mi hermana... ¡mi pobre Anita!... y me veo en ella... y no puedo, Eduardo, no puedo. ¡Quisiera morirme! (Llorando con toda su alma y apoyando la frente en el hombro de él.)

EDUA. (Sin saber qué decir, acariciando maquinalmente la cabecita de María Teresa.) Vamos... Muñeca... Chiquitina... (Pausa. Mirando al foro por donde se fueron los demás personajes.) Estos imbéciles, que pasan sobre las violetas sin sentir su perfume... y las pisan... y no las ven!... No llore así, María Teresa... No llore así...

TELON



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

ANITA, LUPE; en seguida PILAR y á poco DOÑA ANA. Dentro MARÍA TERESA

Anita borda; Lupe, que ha dejado la labor sobre las rodillas, lee. Se oye un piano que toca María Teresa

LUPE ¡Ay, qué bonito! ¡Si vieras qué bonito!

ANITA Ya verás tú como te sorprenda mamá.

LUPE ¿Quieres que te lea un poco?

ANITA Déjame á mí.

LUPE ¡Qué tonta! Como ya estás casada, quieres hacer como que no te importan las historias de amor.

ANITA Si Víctor se entera de que le revuelves todos sus libros...

LUPE Si éste no es de Víctor. Es de los que tiene mamá en su cuarto.

ANITA Peor aún.

LUPE Y está muy viejo. Seguramente es de cuando mamá estaba soltera. Lo guardará como un recuerdo. Le tenía entre «El Mártir del Gólgota» y «La cocina universal.» Se titula «Inmenso amor.» ¡Y es más bonito! Mira: es de noche, hay luna... Felicia está en la ventana, Ernesto en el jardín. Y dice Ernesto... Dice...

PILAR (Por la terraza, riendo.) ¡Jesús, qué muchacha!

LUPE (Asustada, ocultando el libro.) ¡Ay!

PILAR ¡Pues no se ha empeñado María Teresa en que cante yo no sé qué! Se le ha metido en la cabeza que tengo voz de contralto.

LUPE ¡Qué susto! Creí que era mamá.

PILAR Algo malo estarías haciendo.

LUPE No lo creas.

PILAR Pues baja ahora mismo.

LUPE Estaba leyendo. Ya sabes, la novela de esta mañana.

PILAR ¡Ah, sí! Preciosa. Pero no me coloques otra vez la escenita de la ventana, y el jardín, y la luna, y Ernesto.

ANITA ¡Ah! ¿Pero es eso lo único que lees?

LUPE Mujer, no... Es que... Qué cosas tienes. Por casualidad.. Además es tan bonito que cuando lo encuentro... ¿Quieres que te lo lea?

PILAR (Viendo á doña Ana.) ¡Chist! Que baja.

ANA (Por la terraza.) ¿Pero esas chiquillas se van á pasar la vida cencerreando? (Llamando.) ¡María Teresa! ¡Margarita!

M. TER. (Dentro.) Ya voy, mamá. Espera un momentito. (Sigue tocando el piano.)

ANA Dichosa música. Me han levantado una jaqueca... Yo no sé de dónde sacan tantísimo vals.

PILAR Eduardo tiene la culpa. Anoche ha recibido catorce ó quince. Y se los ha entregado á María Teresa esta mañana.

ANA Por eso ha desaparecido con Víctor en cuanto acabamos de almorzar. Ya le arreglaré yo. ¿Y dónde se han metido?

PILAR Estarán en su cuarto.

ANA (Llamando.) ¡Pero, María Teresa! ¡Lucía!

M. TER. (Dentro.) Ya vamos, mamá. (Deja de oirse el piano.)

ANA Estoy más intranquila... El telegrama de Fernando dice que salían de Hendaya á las once. ¿Cuánto se puede tardar?

ANITA No sé.

ANA Es que tengo un miedo á tu marido... Un día se estrella. Por lo menos cuando va conmigo y se pone á guiar, parece que volamos. Tal vez sea para cortarme la digestión; pero

si cuando no voy yo hace lo mismo, un día se mata.

ANA — No tengas cuidado.

ESCENA II

DICHAS y MARÍA TERESA. MARGARITA y LUCÍA. EDUARDO y VÍCTOR

M. TER. — (Por la terraza con Margarita, Lucía, Eduardo y Víctor.) Ya nos tienes aquí, mamá. Al pobre Eduardo le has dejado sin música.

ANA — ¿Estaban ustedes ahí?

EDUA. — Acabábamos de bajar.

VÍCTOR — Los viajeros se van retrasando. Yo creo que desde Hendaya y por muy despacio que quieran venir...

ANA — Calla, Víctor; que estoy más intranquila...

LUPE — ¿Se habrá puesto mala Encarnación ó Félix?

VÍCTOR — No creo.

ANA — ¡Chiquilla! ¿Tú qué sabes?

EDUA. — No: cuando ellos han puesto el telegrama diciendo que venían, es porque ya estaban los muchachos en el tren.

ANA — Pues cada minuto que pasa...

EDUA. — ¿Quiere usted que salgamos Víctor y yo por ahí... á ver?

ANA — Lo mejor será que demos un paseo por la carretera todos, á ver si vienen. ¿Quieren ustedes?

PILAR — Eso es. Así se tranquilizará usted un poco.

EDUA. — Pues andando.

ANA — ¿Te quedas tú, Anita?

ANITA — No me falta más que una estrella y quisiera acabar.

LUPE — Y yo también, mamá... Estoy acabando. En cuanto terminemos salimos á buscaros.

ANA — Como queráis. ¿Vamos, Pilar?

PILAR — Que trabajes mucho, Lupita. (Se van por la izquierda; delante María Teresa, Margarita y Lucía; detrás doña Ana, Pilar, Víctor y Eduardo.)

ESCENA III

ANITA y LUPE

En cuanto desaparece doña Ana, se levanta Lupe, va á la esquina y permanece un momento espiando á los que se alejan

LUPE — A ver... No sea que se les olvide algo y vuelvan y me cojan. ¡Ajajá! Ya no vuelven. ¡Más bien! Ahora sí que no te me escapas. ¿Quieres que te lea un poquito? ¿Un poquirritito nada más? ¿Eh? Anda, Anitina...

ANITA — ¡Serás zalamera?

LUPE — ¿Te leo?

ANITA — Sí, hija, sí. Si no me vas á volver loca. Lee.

LUPE — ¡Ay, qué rica eres! (Besándola.) Si te quiero más... Vas á ver... vas á ver. (Leyendo.) «La luz de la luna circundaba su rubia cabellera como una aureola de diamantina luz. Un suspiro rasgó la gasa de las nubes. Si pudieran contarse los latidos de mi corazón—dijo Ernesto con su dulce voz de alma—serían incontables, Felicia. Es tal mi ansia de adorarte, que al verte entre esas flores, como flor entre flores, me parecen tus miradas suaves besos de espíritu. Y creo que si pudiera tocar á tu frente se desharía como nieve entre nardos.» No puede tocarla porque ella está en la ventana y él abajo, ¿sabes?

ANITA — Que es lo que sientes tú.

LUPE — Calla, si baja luego.. Escucha. Ahora es ella, Felicia «Mi Ernesto... No hables... No digas más; que mi cerebro enloquece y no sé si podré resistir sin morir este afán.»

ANITA — Lupita, eso parece de don Juan Tenorio.

LUPE — ¿Serás tonta? Cállate. «Mi Ernesto,—prosiguió Felicia,—si por cada instante de vida que me miro en tus ojos hubiera que entregar una vida, quisiera yo ser infinita para irme muriendo infinitamente por mirarte en un infinito.»

ANITA — Muy finamente dicho. Está bien.

LUPE — «Y quisiera que esta ventana baja fuese una torre altísima que tocase en los cielos,

para arrojarme desde arriba y caer en tus brazos como van descendiendo las palomas blancas desde el alero hasta el montón de flores donde liban los néctares de amor.»

ANITA Y ahora es cuando baja, ¿no es eso?

LUPE Sí, dentro de un ratito.

ANITA Se tirará por la ventana.

LUPE ¡Mujer, por Dios! Espera... «A lo que Ernesto contestó...»

ESCENA IV

DICHAS. PEPITO LUJÁN, el VIZCONDE DE CASA VILLAR y PERICO SALDAÑA

PER. (Por la izquierda, viene en bicicleta y desmonta en seguida.) Felices, queridas amiguitas: felices. Ya sabía yo que nos íbamos á encontrar por aquí algo bueno; pero no lo mejor, como nos encontramos.

ANITA ¡Ah! Usted...

LUPE ¡Qué demonio de hombre! Nos ha asustado usted.

PER. ¿Sí?

VIZ. (Aparece en escena como lanzado por una catapulta y cae de bruces; detrás una bicicleta haciendo eses, que también va á tierra, ó es cazada al vuelo por Perico.) ¡Ay!

LUPE ¡Jesús!

ANITA ¡Dios mío!

PER. ¡Válgame Dios!

PEPITO (En otra máquina.) ¡Qué barbaridad! Te lo vengo advirtiendo todo el camino.

PER. ¡Vaya un batacazo! Pero, hombre... (Le ayudan á levantarse.) Si es que en cuanto ves un árbol te vas derecho á él, como si tuvieras que vengar alguna ofensa.

ANITA ¿Se ha hecho usted mucho daño?

VIZ. No... nada... Regular... Un poco...

PER A ver... Mueve las piernas... Util. En la cabeza nada, ¿eh?

VIZ. Absolutamente nada. (Palpándose el cuerpo.) Pero en las costillas... Están aquí... por aquí, ¿verdad?

ANITA ¿Quiere usted algo? Agua, coñac...

VIZ. ¡Oh, no! Si no es nada...

LUPE Sí, Anita, sí. Dí que sí. Que le traigan...

VIZ. No, por Dios Mil gracias. Si no es... Ya estoy acostumbrado.

PER. Como nosotros. Ya no sentimos la menor emoción al verle salir por el guía. Hoy van tres veces...

VIZ. Me sentaré un momento. (Se dirige con Lupe al banco de piedra.)

PEPITO (A Anita.) Perdone usted, con el susto ni he saludado.

(Forman grupo con Perico Saldaña.)

LUPE (Al Vizconde.) Te prohibo terminantemente que vuelvas á montar en bicicleta. Tú verás cómo te las compones para regresar á San Sebastián.

VIZ. ¡Ay, Lupita! Si ha sido por venir á verte cuanto antes...

LUPE ¿Y si te me matas?

VIZ. No creas; aprendiendo á caer...

ANITA Aún no hace media hora que salieron. ¿No los han encontrado ustedes?

PER. No; no los hemos visto.

ANITA Pues han dicho que iban por la carretera.

PER. ¡Ah! Es que hemos venido por el camino de la vaquería atajando.

ANITA ¿Se siente usted bien?

VIZ. Muy bien, gracias. Estaba explicando á Lupita que no hay cuidado. Esto de los trastazos es muy relativo. Con saberse tirar...

PER. Siempre de cabeza, como cuando se nada. Las manos al frente, los pies hacia atrás; se aparta la tierra con las manos y tan blandito. Casa-Villar, aprende á nadar en seco que es una bendición.

LUPE ¡Qué gracioso! Si se hubiera caído usted...

PER Lupita: ¡yo no me caigo nunca!

LUPE ¡Qué felicidad!

PER. Bueno; estás bien, ¿no? ¿Te duele algo?

VIZ. Hombre...

PER. Pues andando. Nos quedan veinte minutos para llegar á...

ANITA Pero ¿se van ustedes?

LUPE ¿No venían aquí?

PER. De paso. A saludar á ustedes, nada más.

LUPE ¡Pues me gusta!

PER. ¡Calle! Anita... mire quién viene por aquí.

PEPITO Pepe Blasco.

ANITA ¿Pepe Blasco? (Se sienta y toma la labor.)

ESCENA V

DICHOS y PEPE BLASCO

PEPE (Viene por la izquierda. Viene en traje de montar á caballo.) Hola, señores. No sabía que estuviera esto tan animado. Me habían dicho que estaban ustedes solas.

PER. Como si lo estuvieran. Nosotros nos vamos ahora mismo. Estamos de paso.

PEPE Yo también. Creí que Paco habría venido ya.

ANITA ¿No ha encontrado usted á mamá y á las chicas?

PEPE Sí; á todos. Me han dicho que esperan á ustedes. Y he venido á dejar el caballo y á acompañarlas, si es que van. ¿Qué tal, Anita? ¿Y tú, Lupe? A vosotros os he visto á lo lejos, cerca de Loyola. No me habéis dejado muy atrás, ¿eh? Y corríais...

PER. Nos hemos detenido treinta veces á dar friegas á Casa-Villar.

PEPE ¿Se ha caído?

PER. Sí... y se está cayendo.

PEPE (A Anita.) He recibido un telegrama de Paco, diciéndome que viniera á buscarle. Ya me ha dicho su mamá que está muy intranquila por la tardanza.

ANITA Ella.

PEPE Ella. Naturalmente. También creía yo que estarían aquí. ¿Quiere usted que salgamos á su encuentro?

ANITA No. Quiero terminar esto; pero con las visitas... Puede usted ir solo. Después iré con Lupe.

PEPE ¿Con Lupe?

PER. (A Pepito.) Me parece que estamos estorbando. ¿Nos despedimos?

PEPITO Eso creo. Será lo mejor.

PER. Casa-Villar, cuando gustes... Y usted perdone, Lupita.

VIZ. ¿Qué? ¿Os vais?

PER. ¿Cómo que *os vais?* Nos vamos todos. ¿O es que te quedas?

VIZ. ¡Claro! Si no puedo moverme... Me iré en el tren, luego.

PER. ¡Ay, ay, ay!... ¿Pues no decías que no era nada?

VIZ. Antes; pero como me he ido enfriando, me duele todo el cuerpo.

ANITA ¿Se van ustedes ya? Les acompañaremos si quieren saludar á...

PER. No; no se moleste. Ahí se queda el contuso, que no puede dar un paso.

PEPITO Adiós, Anita. Tocayo...

PEPE Adiós, chico.

PER. Hasta la vista, Pepe.

PEPE Buen viaje.

PEPITO Abur.

PER. Que te alivies, Casa-Villar. (Vanse por la izquierda Luján y Saldaña.)

ESCENA VI

ANITA, LUPE, PEPE y el VIZCONDE DE CASA-VILLAR

PEPE (Sentándose al lado de Anita.) Me alegro de que se hayan ido. Y más de que nos hayan dejado solos.

ANITA ¿Por qué?

PEPE Porque hace ya mucho tiempo que espero una ocasión como ésta para poner en claro muchas cosas.

ANITA Pepe...

PEPE No hablaré de esta desatención de negarse á salir conmigo y disponerse á salir con ellos. Otras desatenciones hay que hieren más hondo.

ANITA ¿Qué quiere usted decir?

PEPE Lo que usted crea que debe escuchar. De su actitud depende todo lo que yo diga. Si usted aparece como si no supiera nada... *como si nunca se hubiera enterado de nada...* nada diré. Pero si usted se ha enterado *de lo que sé yo que está bien enterada,* diré todo lo que usted me permita decir.

ANITA Pepe... Yo le suplico... Mi hermana está ahí...

PEPE (Después de mirar un momento á Lupe.) ¡Ca! No lo crea usted. Ni Lupe ni Casa-Villar están donde los vemos En eso se parecen á nosotros. Déjelos en paz y escúcheme. (Siguen hablando.)

LUPE ¡Ay! Tú no me quieres así. Te lo conozco en la manera de decirlo.

VIZ. Que te quiero más... Es que no sé explicarme. Y si vieras... Ahora parece que me va doliendo la espalda. Mira que si se me hubiera estropeado algún órgano importante de dentro...

LUPE ¡No; por Dios! ¿Qué sientes?

VIZ. No; no te asustes.

LUPE Oye. ¿Es verdad que siempre, siempre, siempre estás pensando en mí?

VIZ. ¡Anda! Pues claro. Cuando papá vuelve de Bolsa diciendo que ha hecho una gran jugada y que ha ganado no sé cuánto, me da saltos el corazón y parece que dice: *para tu Lupe, para tu Lupe, para tu Lupe.*

LUPE ¡Ay!... Siempre estás con el dinero á vueltas.

VIZ. Tonta... sin dinero, ¿qué íbamos á hacer?

LUPE Pues querernos mucho. Cuanto más pobrecitos mejor. Me gustaría no tener más que una casita chiquitita, en el campo, con una ventanita y unas florecitas que cuidaría yo. Y jugaríamos á los novios, haríamos como si se opusieran las familias; tú te irías al jardincito, yo me asomaría á la ventanita y tú acercarías una escalerita que dejaríamos allí y subirías y hablaríamos como si no estuviésemos casados.

VIZ. ¡Toma! Eso también lo podemos hacer alguna vez que otra. Pero, ahí es nada, cuando te llamen la señora del opulento banquero conde de...

LUPE Pues me gustaría más que fueses pintor.

VIZ. (Estupefacto.) ¿Pintor?

LUPE Sí, pintor.

VIZ. ¿Para qué? (Siguen hablando.)

PEPE Cuando un hombre habla como yo hablo y una mujer atiende como usted me atiende

es porque algo une á ese hombre y esa mujer. Y usted lo sabe.

ANITA Pepe...

PEPE Ha habido entre nosotros una inteligencia. Nos hemos entendido sin hablar. Nos ha ligado una corriente de intensa simpatía. No diga usted que no. Y así como noté tal cosa he advertido después que, de algún tiempo á ésta parte, me mira usted como á un ser extraño, antipático tal vez, tal vez odioso. (Pausa.) ¿No dice usted nada? ¿Calla usted?

LUPE (Que durante el diálogo de Anita y Pepe, se ha enojado con Casa-Villar, volviéndole la espalda.) ¡No señor, no señor y no señor! Vamos á ver, ¿serías tú capaz de?... ¿Serías tú capaz por mí de... de arrojarte de una torre muy alta, que llegase á las nubes, para caer donde yo estuviera?

VIZ. ¿Y dónde estabas tú?

ANITA En el suelo.

VIZ. ¡Por Dios, Lupita! Me mataba.

LUPE Pues yo sí. Aunque fuera desde la luna... Es decir, yo no. (Poniéndose en pie.) Por tí, no. ¡Pues no faltaba más! Tú no eres capaz de hacerlo por mí, y yo iba á arrojarme desde una ventana...

VIZ. ¡Pero, Lupita, por la Virgen! ¿Te has vuelto loca? Que yo no quiero que te arrojes desde ningún sitio. Si te doliesen las costillas como á mí, no pensarías en hacer volatines. Qué cosas se te ocurren, mujer...

LUPE Pues ¿y á tí? La Bolsa, en lugar de un jardín; ser banquero antes que ser artista; vivir antes que morir conmigo... Y yo soñando y tú durmiendo... No, Casa-Villar, no; lo siento mucho, pero somos incompatibles. Desde este momento ha terminado todo entre nosotros. Lo siento mucho; te digo que lo siento mucho. Pero no puede ser. Adiós. (Sube la escalinata á toda prisa y desaparece.)

VIZ. Pero... Pero, ¿qué le ha pasado á Lupe?... ¿Qué es esto?... ¿Y qué hago yo ahora?... Si no se hubiese ido Perico, él me aconsejaría... Voy á ver si le alcanzo. Anita, Pepe... Ustedes perdonen.

ANITA Ah...

PEPE ¿Que hay?

VIZ. Nada; que me marcho.

ANITA ¿Se siente usted ya fuerte?

VIZ. No... Sí... Regular... Hasta la vista.

ANITA Adiós. Pero ¿y Lupe?

VIZ. Ha subido. (Montando en su bicicleta.) Ea, adiós. Buena suerte. Digo, buena suerte yo. Que ya no sé ni lo que me digo. (Se va por la izquierda.)

ESCENA VII

ANITA y PEPE

ANITA ¿Qué le habrá pasado á Casa-Villar para marcharse así?

PEPE Lupe ha salido de estampía. Alguna chiquillada. Cosas de muchachos.

ANITA No sé...

PEPE Mejor. Así estamos solos y podemos hablar con más libertad.

ANITA Tiene usted razón... Hablemos... y termine ya de una vez esta situación enojosa. ¿Quiere usted que yo le diga lo que ha debido comprender, sin escucharlo de mis labios? Sea.

PEPE Anita... lo que yo he comprendido...

ANITA Sí: es lo que le obliga á pedirme cuenta de una mirada, de una amistosa inclinación.

PEPE Perdóneme si me he atrevido. .

ANITA Nada; no. Su único delito ha sido el de engañarse. Yo también me engañé. Pero bendigo estos engaños, porque ellos me han salvado.

PEPE No entiendo...

ANITA Se lo diré lo más claro que sepa. Pudiera yo, muy bien, callar, decirle que se engañó del todo, que no vió nunca lo que ha creído ver... y terminado. Pero yo no sé mentir y quiero convencerle con la verdad.

PEFE Escucho.

ANITA Usted, al conocerme, encontró en mí una desgraciada mujer que habiendo soñado, como todas, con un amor, se hallaba sin

amor. Usted mostró por mí compasión, amistad y tal vez un cariño que yo creí nacido de aquella compasión. Le agradecí, pagué su amistad con mi amistad y... ¡quién sabe si hubiera podido nacer en mí otro cariño!

PEPE ¡Oh, Anita!

ANITA Pero cariño honrado, Pepe; un cariño con el que usted no se hubiera contentado nunca.

PEPE ¿No?... ¿Por qué no?

ANITA ¿Por qué? Mejor que yo lo sabe. Pero esa es otra cuestión que no hace al caso. Lo que quiero decirle es que si en alguna mirada mía de agradecimiento, en algún ademán afectuoso ha creído encontrar otra cosa... no era otra cosa que agradecimiento ó afecto lo que había.

PEPE Pero, ese afecto, ¿dónde está hoy que yo no lo hallo como entonces?

ANITA Es que entonces no era usted el amigo de mi esposo.

PEPE Ni nunca. Por usted sólo he consentido en una amistad que me acercaba á usted.

ANITA Que le iba separando de mí. Porque el hombre que finge ante otro hombre, no merece, no digo el cariño, ni aun la amistad de una mujer. Y menos de la mujer de ese hombre.

PEPE Permítame usted, Anita. Puntualicemos. Usted ha dicho que esa amistad... quizás hubiera podido engendrar un cariño.

ANITA Porque á una desgraciada mujer, siendo buena, podrá escapársele el corazón tras el consuelo de un cariño puro; pero jamás podrá deshonrarse dándose á un amor criminal. Una mujer buena, para merecer un cariño ha de ser honrada ante todo.

PEPE ¡Ah! Es decir... que usted cree... Vamos, hablando en poesía; porque ahora resulta que lo que usted dice que piensa está muy por encima de esta realidad de la vida. Usted cree que una mujer y un hombre pueden amarse *inmaculadamente*... aun saltando sobre un esposo.

ANITA No dije tanto; pero si usted me obliga diré que sí, que un hombre *bueno* y una mujer *buena* bien pudieran amarse sin deshonra.

PEPE — Amarse *honradamente*, vamos. Ya... Y usted me considera incapaz de esa *honradez,* de esa *bondad.* Bien. No soy el hombre *bueno* conque usted ha soñado. ¿Tendría, pues, la amabilidad de decirme qué soy yo?

ANITA — El amigo de mi marido, nada más.

PEPE — He dicho ya que no lo soy.

ANITA — Su compañero, entonces.

PEPE — Fué por usted... Es usted quien me ha ligado á él.

ANITA — No, Pepe, no. Les han ligado sus aficiones, sus caracteres. Son ustedes iguales.

PEPE — Sí... ya voy comprendiendo...

ANITA — Cuando un amor ha volado y el alma se escapa, dejando encadenados los cuerpos, no hay más que resignarse y llorar. Otro amor no es posible, porque ya no es el alma lo que los otros buscan; sólo queda un deseo muy chico y un deshonor muy grande.

PEPE — ¡Anita!

ANITA — Esto es lo que yo no sabía y lo que he aprendido de usted. Se lo agradezco, porque usted me ha salvado. Ahora déjeme, no me mortifique más; yo se lo ruego.

PEPE — Bien. Como usted quiera... Siento no ser ese *hombre bueno* á quien envidio.

ANITA — No es envidiable, puesto que no existe.

PEPE — Estas disquisiciones de amor, conque usted me ha asombrado, son tan exquisitas, tan poéticas... que sólo un poeta puede habérselas enseñado á usted.

ANITA — ¡Oh! Pepe...

PEPE — Quizás Eduardo...

ANITA — ¡No diga usted eso!

PEPE — En algún libro, digo... Pero calle, que vienen aquí.

ESCENA VIII

DICHOS, DOÑA ANA, PILAR, LUCÍA, DON FERNANDO, EDUARDO, PACO y VÍCTOR. Un momento MARGARITA y MARÍA TERESA

PACO — ¡Hola, Pepillo! Abrázame. Ya sabía que estabas.

PEPE — Ahora mismo íbamos á buscaros.

PACO ¿Qué tal, Anita?

ANITA Bien.

ANA ¡Gracias á Dios! Aquí los tienes. ¿Y Lupe?

ANITA Arriba.

PEPE ¿Y ese viaje, don Fernando?

FERN. Delicioso, verdaderamente delicioso. Pero déjenme ustedes que me siente. Tengo unos deseos de coger una silla que no pegue saltos...

PEPE No les hemos sentido llegar.

PACO ¡Calla, hombre! Si se nos ha estropeado la bocina. ¿Habremos pitado por esas carreteras?

FERN. La de chiquillos y perros y gallinas y carros...

PACO Sí que hemos traído buena marcha.

FERN. No me pescarás otra vez, pierde cuidado.

ANA Pero, cuéntanos. Ellos irían muy contentos, ¿verdad?

FERN. Figúrate. Al principio un poquillo asustados. Pero alegres... ¡anda! En cuanto pasamos la frontera y les dije que estábamos en Francia, como dos chicos. Y yo, en mis glorias. Eduardo, me he acordado mucho de usted.

EDUA. ¿Sí?

FERN. Se ha perdido los grandes estudios psicológicos. Pupilas que querían buscarse y se buscaban y no se miraban porque estábamos allí nosotros; palabras que pugnaban por salir de los labios y no salían; labios que... En fin; todo un poema, Eduardo: el poema de la huída, de la velocidad, de los sesenta kilómetros por hora. Un poema rapidísimo, que es como á mí me gustan los poemas.

EDUA. Y á mí.

FERN. He gozado lo indecible. Y éste parecía medio loco tomando curvas y tragándose cuestas. También, también se ha divertido.

PEPE Y luego, esa nueva emoción de ir huyendo de la justicia.

FERN. ¡Hombre, no! De la justicia, no. De las leyes, que no es lo mismo.

ANA Pobres muchachos.

FERN. Llegamos á Hendaya... y al tren. Mañana á

estas horas, en París. Y que los coja un galgo.

LUCÍA — Tío, y usted ¿qué cree? ¿Se casarán?

ANA — ¡Lucía!

FERN. — Hija, eso... allá ellos. Aunque como allí hay libertad de cultos... En fin; vamos arriba. Voy á desnudarme y á tomar algo. Tengo un apetito... (Sube con doña Ana.)

MARG. — (Desde el foro izquierda.) ¡Eduardo!... ¡Eduardo! María Teresa le llama á usted.

M. TER. — Venga usted, Eduardo. Ayúdenos. Verá cómo nos vamos á reir. Ven tú también, Lucía.

(Se van por el foro izquierda María Teresa, Margarita, Lucía y Eduardo.)

PACO — Pues si quieres, nos vamos ahora mismo.

PEPE — No; ya no. Me he puesto un poco malo al venir, y no quiero darme una caminata á caballo.

PACO — ¿Te has puesto malo? ¿Y no lo has dicho?

PEPE — No es nada, hombre; ya pasó. Pero quiero encontrarme en casa cuanto antes. Precisamente dentro de un cuarto de hora pasa un tren. Mañana me envías el caballo.

PACO — Como quieras. Vamos entonces. Te acompaño á la estación.

PEPE — Bueno. Así charlaremos un poco. Adiós, Anita... Pilar... Adiós, Víctor.

VÍCTOR — Que usted lo pase bien. (Le vuelve la espalda y se va por el foro izquierda. Suben Paco y Pepe.)

ESCENA IX

ANITA y PILAR

PILAR — ¿Has oído?

ANITA — ¿A Víctor?

PILAR — Sí. Qué modo de despedir á Pepe Blasco.

ANITA — Como él se merece. Y eso que no hace más que presentir lo que es. Si supiera toda la ruindad que hay en ese hombre... Bien ha aprovechado esta ocasión, que tanto he rehuído.

PILAR — Ya me lo figuré al veros solos. Pero, dime; ¿qué ha pasado?

ANITA — Que quise terminar de una vez. Le dije la

verdad, lo que tú sabes. Y que él... cree que le rechazo porque no es el hombre conque he soñado yo.

PILAR Anita... por Dios. Eso es decir que...

ANITA Que otro quizás...

PILAR ¿Dijo eso?

ANITA Así. Que eran tan exquisitas mis disquisiciones, tan poéticas,—en estas palabras— que sólo un poeta...

PILAR ¡Qué infamia!

ANITA Que tal vez Eduardo...

PILAR Si no es posible... Para que él se haya atrevido á decir eso, es preciso... ¿Qué has dicho tú? ¿De dónde ha deducido él?...

ANITA De mi sinceridad. Llevó la conversación por donde quiso. Y yo, ¡pobre de mí! como dándole una leccion, como enseñándole lo que es cariño puro, dije...

PILAR ¿Qué?

ANITA Que el corazón abandonado de una mujer honrada bien puede amar, sin deshonor, á otro corazón bueno que compadezca, que consuele.

PILAR Anita... qué locura. Decirle eso... á él.

ANITA Es verdad.

PILAR En fin, déjalo. Ya pasó y creo que no temerás nada de semejante caballero.

ANITA ¿Temer?... No sé... Aunque llegan momentos en la vida, en que todo es igual. Me da lo mismo.

LUPE (Por la terraza.) ¡Ay, Anita, por Dios!... ¡Anitina de mi alma! ¡Sálvame!... ¡Sálvame, por los clavos de Cristo!

PILAR ¡Muchacha!

ANITA ¿Qué te ocurre?

LUPE La labor... Mi labor, que he dicho á mamá que la iba á terminar... y me la pide... y ya sabes... Dame la tuya, por favor. Dí que es mía. ¿La acabaste? ¡Por Dios, Anitina! O sube conmigo. Mira, Anitina, yo te juro por lo que más quieras, que no vuelvo á coger en mi vida un libro; que cuando me ponga á bordar no haré más que bordar y no leeré más en mi vida...

ANITA Bueno, calla, calla... No seas loca. Yo iré contigo. Siempre estamos igual. (Sube con Lupe.)

ESCENA X

PILAR, MARÍA TERESA, LUCÍA, MARGARITA, VÍCTOR y EDUARDO

M. TER. (Viene corriendo; trae un ramo de flores.) ¿Eh? ¡Ja, ja, ja! ¡Ya veréis! Pilar, mira qué ramo más bonito. Lo he hecho yo.

LUCÍA Y yo.

MARG. Y yo.

EDUA. Vaya; y yo, ¡qué demonio! Este plumerito de arriba lo he puesto yo.

M. TER. ¡Bah! Gran cosa. ¿Y la idea, de quién ha sido?

EDUA. De usted, es verdad.

M. TER. La gran idea. ¡Lo que nos vamos á reir!

PILAR ¿Pero qué es eso que traes ahí? (A Eduardo, por una banda de ramaje y flores que trae en la mano.)

EDUAR. ¡Nada, que digamos! Una banda: la gran banda del Amor libre, de la Protección y de la Libertad. ¿No es así, María Teresa?

M. TER. Ni más ni menos.

LUCÍA Pero aún no está acabada. Así está muy fea.

MARG. Hay que poner más flores.

PILAR Y esto ¿para qué es?

M. TER. Para papá. Un homenaje á papá, como protector decidido de los amores desencadenados.

PILAR Ya verás si se enfada...

M, TER. ¡Cá! No lo creas. Esto es muy serio. Ahora subimos; Margarita va á su cuarto y dice: —Señor: Una comisión de solteras agradecidas espera en el salón. Si Vuecencia tiene á bien recibir el mensaje...—Y sale papá, le recibimos con la Marsellesa, que es el himno indicado, le entregamos el ramo, le imponemos la banda... y malo será que no nos mande abrir una botella de Champagne.

LUCÍA }
MARG. } (Palmoteando.) ¡Eso! ¡Eso!

VÍCTOR Cualquier cosa. A mí no me metéis en el ajo.

M. TER. ¡Que no! Si vas á echar tú el discurso. ¿Verdad, Pilar?

PILAR Pues claro. Usted más que nadie está obli-

gado. Como hombre, como hijo... y como enamorado, tal vez.

VÍCTOR Pilar... no empecemos con guasitas.

PILAR Y ahora mismo á terminar la banda. Vengan flores.
Vaya usted á traer flores.

LUCÍA Sí, sí, flores, más flores. Anda, ven.

MARG. Muchas, muchas flores. (Llevándose á Víctor.)

VÍCTOR Bueno, hombre, bueno. Vamos por flores. (Vanse con Pilar al foro izquierda y prenden flores en la banda que cuelgan á Víctor. En primer término quedan María Teresa y Eduardo.)

EDUAR. Y de todos los valses, ¿cuál le gusta á usted más?

M. TER. No sé. Como los he visto deprisa... Aún me faltan algunos.

EDUAR. Hay uno encantador. ¡A ver! Como que casi es mío.

M. TER. ¿De usted?

EDUAR. Sí. «San Fleurs.» «Sin flores.»

M. TER. Ya, ya... lo entiendo. No me haga usted tan torpe.

EDUAR. ¡Por Dios, María Teresa! Lo he dicho en castellano, porque... es más sonoro.

M. TER, ¿Y es de usted?

EDUAR. Casi, casi. Su autor es amigo mío. Tuvo la bondad de tomar en consideración unas notitas que improvisé en un momento de entusiasmo, las rebozó, las dió unas cuantas vueltas... y resulté papá de la segunda parte del valsecito. Crea usted que es precioso.

M. TER. ¿Sí? ¡habrá salido al otro papá!

EDUAR. ¡María Teresa!

M. TER. ¡Ah! Y cuando ande usted descarriado por ahí y no haya manera de saber dónde está tocaré ese vals.

EDUAR. Eso es: y verá qué pronto aparezco.

M. TER. Es una lástima que esta tarde no lo haya encontrado. Si lo sé...

EDUAR. ¿Usted me esperaba?

M. TER. Era tan natural que oyese el primero la música que le han enviado.

EDUAR. Me entretuve leyendo. Pero juro solemnemente que allí donde escuche una sola nota que usted arranque, allí me tiene usted.

M. TER. ¿De verdad? Pues no lo olvide.

LUCÍA ¿Eh? Ahora sí que está bien.
MARG. Precioso. Aquí esta flor... y aquí. Vuélvete.
VÍCTOR Bueno; vosotras me habéis tomado por un monigote.
LUCÍA ¡Eduardo! ¡María Teresa!
PILAR ¿Pero qué hacéis que no ayudáis?
MARG. Ea, ya está. (Bajan al primer término.)
M. TER. ¿A ver? Muy bien. ¡Adelante! Yo el ramo. Lucía la banda; cógela. Víctor el discurso y Eduardo unos versitos que nos va á hacer ahora mismo.
EDUAR. ¡Eh! ¡Poco á poco! Yo no puedo mezclarme en esto, hasta que al mensaje siga ó no declaración de guerra. Quedo á la espectativa. Pero en cuanto oiga el primer taponazo del Champagne, arriba estoy.
M. TER. Pues andando. Siento que no haya cohetes que anuncien la comisión; pero la anunciaremos nosotros ¡Viva el amor libre!
TODOS (Menos Víctor.) ¡Vivaaa!
VÍCTOR Bueno, hombre, bueno. Pues viva. (Suben al hotel.)

ESCENA XI

PILAR y EDUARDO

Durante toda la escena se oyen dentro, á intervalos, risas, gritos, aporreamientos del piano, etc.

EDUAR. Bendito humor. Ojalá no aprendieran nunca otra cosa que reir. Esta María Teresa es deliciosa. Está ideando siempre con el mismo demonio.
PILAR Y el mismo demonio que siempre está ideando también...
EDUAR. ¿Qué?
PILAR Nada. Que es hora ya de que pensemos un poquito en reglamentar nuestra vida.
EDUAR. ¿Eh?
PILAR Vamos á ver. La segunda edición de *Veletas* está ahí hace quince días. ¿La has corregido?
EDUAR. No.
PILAR ¿Y has escrito al tío Luis?

EDUAR. ¡Caramba! Tampoco.

PILAR Y el pobre esperando la visita. Como vinimos aquí por una semana y llevamos muy cerca de dos meses...

EDUAR. ¡Bah! Luego nos estaremos con él otros dos.

PILAR Eduardo, no seas chiquillo. Es preciso que nos marchemos ya. No debemos estar aquí más tiempo.

EDUAR. ¿No? ¿Por qué? Si Víctor se empeña y su familia... Si nos tratan como de casa y nos quieren. Yo creo que la única manera de pagar á Víctor su amistad y el cariño de esta familia es con nuestro cariño, con nuestra amistad.

PILAR Para eso no es preciso domiciliarse aquí.

EDUAR. Quizás tengas razón. Pero te lo confieso francamente, Pilar, me encuentro á gusto. Me parecen algo mío, los quiero. Hay instantes en que se me figura estar en una casa nuestra. Porque... ya ves... nosotros... Rodando siempre, siempre solos. sin el amor de nadie, sin más parientes que el pobre tío que es un hurón, no me lo negarás .. ¿Y te parece raro que me halle bien aquí, donde está la alegría y el calor de un hogar que nos falta?

PILAR Eduardo... tú te has vuelto loco.

EDUAR ¿Por qué?

PILAR Porque hace quince días no encontrabas aquí más que unos padres... algo ligeros, unas hijas muy descuidadas por sus padres, una esposa muy desgraciada y un hogar sin calor. Ese viento que impulsa á las mujeres según tú dices, á dejar de ser ángeles.

EDUAR. Pues mira .. Yo... la verdad...

PILAR Piensa, Eduardo; piensa... Y sé franco conmigo. (Eduardo queda un rato pensativo. En este tiempo se oye dentro la Marsellesa coreada por las muchachas, vivas, gritos, un escándalo formidable y voces de doña Ana y don Fernando, imponiendo silencio)

EDUAR. Pilar... háblame claro. Cuando me dices eso, por algo es. ¿Qué pasa? ¿Por qué me dices eso?

PILAR Porque tengo miedo á tus novelas. No á las que escribes, sino á las que se quedan sin escribir y urdes para tí solo. Recuerda lo

que me dijiste una vez; confieso que no puedo sentir indiferencia ante el dolor de Anita. Mi mujer, la que quisiera yo para mi hogar, no podría ser mejor que ella.

EDUAR. Bien ¿y qué?

PILAR Que ahora, tu mujer, la que quisieras tú para tu hogar, no podría ser mejor que... Maria Teresa.

EDUAR. ¿Qué dices?

PILAR Lo que pienso y lo que, tal vez sin saberlo, piensas tú. Si sabes, Eduardo, que te conozco mejor que á mí misma.

EDUAR. Pero te equivocas ahora. No, Pilar; no. Es cierto que la pena de Anita es para mí algo que me hace daño. Ya te dije una vez... lo que te dije: no hay por qué repetirlo. María Teresa es tan buena y tan niña, tan digna de que su vida sea dichosa, que si estuviera en mí su dicha... Esto es verdad. Pero no por ser ellas; ya sabes que mis libros, mis trabajos, siempre fueron así; para éstas, para todas. Mas no por ser Anita, por ser María Teresa, sino por ser mujeres. ¿No lo sabes?

PILAR Sí... Pero por ser mujeres, es por lo que los hombres os enamoráis de las mujeres.

EDUAR. Entonces yo...

PILAR No pienses en tí. O te engañas ó quieres engañarme. Y no puede ser. Si tú no te enteras... Es preciso que nos marchemos.

EDUAR. Pero ¿por qué? Una razón. Habla

PILAR Porque hay quien dice que Anita...

EDUAR. ¿Qué?

PILAR Que parece que siente por tí...

EDUAR. ¿Eh? .. ¿Eh?...

PILAR Vamos.... cierta inclinación... Que siente...

EDUAR. ¿Por mí?... ¿Qué siente por mí?... ¡Pilar! ¿Qué dices?

PILAR ¡Eduardo, por Dios!... ¿Qué te pasa?

EDUAR. A ver... Habla... Habla... ¿Qué? ¿Quién te ha dicho eso?... ¿Quién dice?...

PILAR Nadie, Eduardo; nadie.. Por Dios... Es que...

EDUAR. ¿Qué es? Si no lo dice nadie, ¿Por qué lo dices tú? ¿por qué? Quiero saberlo.

PILAR Ay, Eduardo... que no es eso lo que debieras preguntarme.

(Dentro arrecia la algazara; el piano acompaña unos couplets que corean con risas y gritos.)

M. TER. (Dentro) ¡Eduardo! ¡Pilar!... ¡El Champagne! ¿Dónde estáis?

LUPE, MARG., LUCÍA (Dentro.) ¡Eduardo! ¡Pilar!.... ¡Eduardo!

PILAR Nos llaman; sube.

EDUAR. No, sube tú. Dí que estoy malo.. que me duele la cabeza... Que me he ido á pasear, á tomar el fresco... á despejarme... Ahora subiré...

PILAR Eduardo...

EDUAR. Que no subo, Pilar... Déjame. (Se va por la izquierda. Pilar sube. Anita sale del hotel y baja por la escalinata pequeña,)

ESCENA XII

ANITA y PACO

PACO (Por el foro izquierda, pensativo; parece que no sabe qué hacer.) Hola .. ¿Qué buscas?... No hay nadie por aquí, ¿eh? ¿Están arriba?

ANITA Sí. (Recoge la labor que Lupe dejó en el banco.)

PACO ¿A qué bajas?

ANITA A terminar esto. (Se sienta á bordar. Paco pasea.)

PACO ¿Y te sientas ahora á bordar?

ANITA Sí.

PACO No es posible que veas ya.

ANITA Veo bien. Menos luz hay arriba. (Pausa.)

PACO ¿De modo que tus padres están ahí?

ANITA Sí.

PACO ¿Y Víctor?

ANITA Sí.

PACO De modo que... todos...

ANITA Creo que todos.

PACO ¿Y por qué bajas tú?

ANITA Porque hace calor, porque arriba no hay quien se entienda. ¿No oyes á esas chiquillas?

PACO Sí, ¿qué pasa?

ANITA Cosas de María Teresa. Un juego que se le ha ocurrido. (Pausa.)

PACO Vengo de la estación, ¿sabes?... De acompa

ñar á Pepe.... Ya se ha marchado... (Pausa.) ¿Qué día es mañana? ¿Lunes?

ANITA Martes. (Pausa.)

PACO Bueno... Voy arriba. (Sube muy despacio. Dentro vuelven á oirse gritos de don Fernando, doña Ana y Víctor imponiendo silencio. Callan.)

ESCENA XIII

ANITA, EDUARDO. PACO al final

EDUA. (Un momento antes de aparecer por la izquierda, Anita como si le hubiese visto, se levanta y se dirige al hotel.) ¿Se va usted, Anita?

ANITA Iba á subir... Como ya no se ve... ¿Y usted?

EDUA. Venía porque la he visto sola.

ANITA Si quiere que subamos...

EDUA. Como guste; pero da pena meterse entre cuatro paredes, á esta hora en que el jardín parece que canta. Es otra manía, otra chifladura. No abandonar al sol cuando se muere.

ANITA ¡Ah! Ya apareció el poeta. ¿Todo eso estaba usted pensando, por ahí solo?

EDUA. Eso... y muchas cosas.

ANITA (Sentándose.) Ea; no quiero privarle de su puesta de sol.

EDUA. Además... ¿sabe usted lo que hacía?

ANITA No.

EDUA. Despedirme.

ANITA ¿Despedirse?

EDUA. Sí; de la puerta del campo, del cenador, del paseíto de los rosales... de todo esto que, en tan poco tiempo, tanto ha sabido hacerse amar por mí.

ANITA ¿Y quién habla ahora de marcharse?

EDUA. Pilar y yo hablábamos hace un momento. (Pausa.) Pero, antes de irme, quisiera decirle á usted... No sé... algo para lo que me estorban las palabras. Son tan vulgares, tan burdas, que casi siempre engañan y dice uno lo que no quería decir y dejan sin expresar la verdad que uno siente... Y, sin embargo, hace un instante me parecía tan sencillo... Es que me lo decían muy claro, sin pala-

bras, los rosales de ese paseo, los árboles, el sol, todo el jardín que no puede engañar porque es de usted... (En este instante se oye el vals que María Teresa empieza a tocar al piano. Eduardo sorprendido por la música, calla un momento y sigue después:) porque... porque es de ustedes. (Pausa. El piano se oye, claro, distinto, imperando sobre la escena hasta el fin.)

ANITA Es María Teresa. Menos mal que se ha formalizado el concierto.

EDUA. Sí; María Teresa.

ANITA Y es bonito. No lo he oído nunca.

EDUA. Es nuevo.

ANITA ¿De los que usted le dió?

EDUA. Sí. (Pausa.)

ANITA Pero.... ¿qué le ocurre? Dicen que la música domestica las fieras. ¿Calmará también á los exaltados? Porque tanto charlar y tan locamente, para quedarse así...

EDUA. No, Anita; no... Es que... Es, precisamente, de María Teresa de quien debo decir...

ANITA ¿Qué?

EDUA. No lo sé... Ni yo mismo me entiendo. Soy un hombre leal, incapaz de cometer una villanía... y á pesar de ello, á veces, ahora mismo, siento la tentación de... Perdóneme, Anita Debemos tener los hombres, por buenos que seamos, una levadura de canalla en el fondo. Porque me siento capaz de mentir, de engañar, sólo por mantener una verdad muy grande. Y es, Anita, que por cima de todo está usted y que yo la...

ANITA Eduardo, por Dios; no sea niño... ¡Qué cosas dice! Más vale callar que hablar así.

EDUA. Es verdad. Más vale callar. (Va á sentarse al otro extremo de la escena. Pausa. Paco aparece por la terraza y baja muy despacio.)

PACO (Deteniéndose entre Eduardo y Anita.) ¡No es muy animada la conversación, que digamos.

EDUA. Ya ve usted.

ANITA Estábamos oyendo á María Teresa.

PACO ¡Ah! Ya... Y aquí se está á gusto .. Fresquito. Por eso bajo. Hace calor arriba. (Se sienta á caballo sobre una silla.) Hasta el piano parece que suena mejor, más dulce... Y es bonito eso... A mí, los valses siempre me han gus-

tado muchísimo. Esta parte es preciosa. (Pausa.) ¡Oh!... ya sabe usted, señor poeta, ya sabe cómo se siente el arte! Para sentir, la gente estorba. Estoy conforme... Usted lo entiende... Un atardecer delicioso, un rinconcito en un jardín... y un piano... ¿verdad, Anita? Aprovechemos la lección. A callar... y á oir.

EDUA. (Levantándose.) Dice usted bien. Es lo que hacíamos nosotros: oir... y callar. (Dirigiéndose hacia la escalinata central.) Es lo mejor que puede hacerse en esta divina tierra de paz y bendición. (Sube lentamente y va cayendo el telón.)

TELON



ACTO TERCERO

La misma decoración que en los anteriores

ESCENA PRIMERA

VICTOR y DON FERNANDO; en seguida PACO. Un CRIADO

Víctor pasea. Don Fernando en la terraza, lee. Paco aparece por la derecha

PACO — Hola, Víctor. Buenos días.

VÍCTOR — (Secamente.) Buenas tardes.

PACO — Eso, sí... Buenas tardes; pero como es de día aún... creí que no te molestaría el saludo. ¿Quieres fumar?

VÍCTOR — No.

PACO — ¿Y María Teresa?

VÍCTOR — ¿No sabes que está con mamá, á llevar á las primas?

PACO — ¡Ah! Sí. (Pausa.) ¿Y Anita?

VÍCTOR — No sé.

PACO — ¿No ha venido nadie preguntando por mí?

VÍCTOR — Tampoco lo sé.

PACO — Tú no sabes nada.

VÍCTOR — Si estuvieras aquí desde las diez de la mañana, no tendrías tanto que preguntar.

PACO — ¡Vaya un talante, compañero!

VÍCTOR — El que me cuadra.

PACO — Usted dispense. ¡Qué barbaridad! Pues no te descompone poco la marcha de un amigo. Y eso que no se ha ido todavía...

VÍCTOR — Lo mejor que puedes hacer es no ocuparte de Eduardo para nada, ¿entiendes?

PACO — No: descuida. Si al fin, se va...

VÍCTOR — Sí; hoy mismo, dentro de una hora.

PACO — Pues buen viaje.

VÍCTOR — Eso quisiera yo decir de otros.

PACO — ¿De otros?... Mira: á mí me hablas tú muy clarito, ¿eh? Si tienes algo que decir me lo dices. Y si tienes mal humor, te lo aguantas Que yo hablo siempre muy claro.

VÍCTOR — Ya lo sé. Sobre todo con Anita.

PACO — ¡Ah! ¿Ya te lo ha contado?

VÍCTOR — No necesito que ella me lo cuente, para saber que has tenido la osadía de ir á avergonzar á mi hermana, que no tiene de qué avergonzarse.

PACO — Mira, mira... Tú no sabes de la misa la media. Y si crees que voy á estarme de brazos cruzados, oyendo poetizar y haciéndome el chivo loco, te equivocas.

VÍCTOR — Pero... cruzado de brazos... ¿ante qué cosa? ¿oyendo qué? ¿Qué es lo que ha pasado; qué has visto, para decir á Anita?...

PACO — Nada, hombre, no. Tendría gracia que hubiese pasado algo. No. Pero es lo que hay que prevenir. No se va uno á estar tranquilamente esperando.

VÍCTOR — ¿Esperando? No es verdad. Tú no esperabas nada, porque nada has visto, ni podías ver, puesto que nada existe. Eso... eso se le ha ocurrido á Pepe Blasco que es quien quiere reirse de ti y divertirse con tu mujer. Y como no puede, la rabia y el despecho le hacen inventar esa infamia para hacer daño, para vengarse; porque es un canalla, un hipócrita, una víbora, que ni es tu amigo, ni lo ha sido nunca.

PACO — ¡Eh! Tú... No te dispares, porque también sé dispararme yo. Que Pepe Blasco está siempre conmigo y no hay un minuto de su vida que no sepa yo en qué lo emplea, ¿te enteras? Pepe Blasco *siempre conmigo*, como lo sabe todo el mundo; en cambio tu amigote, siempre aquí, con vosotros, con ella... Y en cuanto á haber visto ó no haber visto...

VÍCTOR — ¿Qué?

PACO — Que he visto bastante. Desde sus paseítos amenizados con poéticas charlas, y sus apartes prolongados, hasta ese librito que Anita guarda como un devocionario y que parece escrito por tu amigo para cazar románticas como tu hermana.

VÍCTOR — ¡Paco!

PACO — Pero tú ves en Eduardo el mejor amigo, el mejor literato y el perfecto varón. Y á mí se me figura que adoras el santo por la peana y que si no fuera por Pilar no te parecería tan excelente el hermanito.

VÍCTOR — No sé á qué mezclas á Pilar...

PACO — Unicamente para decirte que sin ella, tal vez vieses más claro en este asunto. Y no hablemos más, porque no nos pondremos de acuerdo. Después de todo, ya tenemos la solución con la marcha de tus amigos.

VÍCTOR — Eso es... Y si hacen falta más soluciones ya las buscaré yo.

CRIADO — (Por la terraza,) Señor: abajo está el cochero del señor marqués, con los caballos, por si quiere verlos. Dice que le envía el señor marqués.

PACO — ¡Ah, sí! Ahora voy. ¿No ha venido el señorito Pepe?

CRIADO — No, señor.

VÍCTOR — Oye, ¿sacaron ya los equipajes?

CRIADO — Sí, señor; todo está abajo. Pero no podrá facturarse hasta poco antes de pasar el tren. Como los billetes...

VÍCTOR — Sí; bueno. Nada más, ¿Irás tú mismo?

CRIADO — Sí, señor.

VÍCTOR — Bien. (El Criado sale.)

PACO — De modo que quedamos en eso. ¿Quieres algo más?

VÍCTOR — Nada.

PACO — Pues adiós. (Se va por la terraza.)

VÍCTOR — Adiós.

FERN. — Hola. ¿Ha amanecido ya?

PACO — Casi, casi. Estuve leyendo toda la noche. No he podido dormir.

FERN. — Bien vengan las vigilias, si han de traernos don de sabiduría, hermano.

PACO — Amén. (Desaparece por el foro izquierda. Don Fernando baja al primer término.)

ESCENA II

FERNANDO y VÍCTOR

FERN. ¿Qué hay, hijo? Yo me estaba aburriendo.

VÍCTOR Ya lo ves.

FERN. Parece que se nos ha metido en casa un viento de otoño. Allá dentro, nadie; aquí, nadie...

VÍCTOR O poco menos...

FERN. Y vaya un almuerzo el de hoy... Sin Lucía, sin Margarita, sin Lupe, sin María Teresa... Eduardo, tristón; Pilar, Anita y tú... sin levantar del plato los ojos... Y menos mal que tú no te marchas. Es decir... ¿no te vas? Porque eso de que pases en casa quince días seguidos...

VÍCTOR Debo quedarme aquí. Me alegro de que me lo preguntes. Necesito velar por mis hermanas, y sobre todo por Anita.

FERN. ¿Por Anita? A ver, á ver... Explica eso...

VÍCTOR ¿Necesitas que yo te explique lo que ocurre en tu casa?

FERN. ¡Ah! Paco, ¿verdad?

VÍCTOR Paco... y otros.

FERN. ¿Eh? ¿Sabes también lo de.. ?

VÍCTOR ¿Lo de quién?

FERN. Si lo sabes ..

VÍCTOR Sé todo lo que debo saber y he de remediar lo que pueda remediarse, ya que aquí nadie se ocupa de lo que debiera.

FERN. ¡Eeeh!... Tente, querido Víctor, tente. Poco á poco. Voy á enseñarte unas modestas máximas de la vida para que aprendas á vivir. Primero y principal: de un marido, cuando la mujer es honrada, por descarriado que ande, salta un celoso al menor desvío de la mujer. De un celoso, cuando la mujer es honrada, no deben hacer caso ni un padre ni un cuñado.

VÍCTOR Con lo de no hacer caso á Paco estoy conforme. En lo de los celos...

FERN. Calma, mi querido Víctor, calma. Segundo... y principal también: una mujer honrada, si

es joven y bien parecida y mal avenida con su esposo, bien puede sentir cierta simpática inclinación por un amigo de relevantes prendas, sin que esta inclinación se aparte mucho de la vertical. Yo considero á la vertical como la línea de la virtud. La horizontal es la del pecado; entre estas dos existen infinidad de oblicuas.

VÍCTOR Estás hablando...

FERN. Como Salomón: ni más ni menos. Escucha. Si entre dos seres que se inclinan, sin desviarse mucho de la vertical, por supuesto, abrimos una zanja de tiempo y espacio, es decir, si se aleja á uno de otro, ni el marido tiene por qué temer, ni el padre qué solucionar, ni el hermano de qué preocuparse. ¿Entendido?

VÍCTOR Demasiado bien.

FERN. De modo que tú, ni tienes por qué velar por nadie, ni has de hacer otra cosa que despedir amablemente á tu Eduardo y proporcionarle un pasaporte cómodo para... para la China, pongo por ejemplo.

VÍCTOR ¿Entonces, tú crees... crees también que Eduardo?...

FERN. Que el hombre es fuego y la mujer estopa, y llega el diablo y sopla. Anita es un temperamento poético; Eduardo es otro temperamento poético, y el diablo, que es otro temperamento poético, aunque haya quien no se lo figure, llega y se pone á dar trastazos poéticos con el rabo. Y una vez cae una mosca, y otra un poeta, y otra una mujer. Total, para él lo mismo: insectos.

VÍCTOR Pero tratar eso así... Yo no puedo explicarme esta tranquilidad. Creéis en un horror, en una traición tremenda...

FERN. ¡Qué traición, ni qué horror, ni qué niño muerto, hombre! Te pasas la vida soñando con Calderón. ¿No te digo que aquí no pasa nada; que es una simpatía inocente, muy disculpable, pero nada más? Un corazoncito femenil que está en un calabozo, y ha querido asomarse á la reja á ver el sol. Creo que es lo menos que se le puede consentir á un prisionero. ¡Digo yo!

VÍCTOR Bien... calla... porque tampoco nos podremos entender.

(Se oyen en el jardín voces de mujer.)

ESCENA III

DICHOS, DOÑA ÁNGELES, DOÑA AMELIA y PEPITO LUJÁN

FERN Yo conozco esa voz... ¡Ah! Angeles... Y Amelia. En efecto: Angeles dije y no es uno, son dos.

ANG. ¡Ja, ja, ja, ja! Mil gracias por la parte que me corresponde en la clasificación. ¿Qué tal? ¿Cómo va, Víctor?

FERN. ¿Y usted, Amelia?

AMEL. Agradecidísima... agradecidísima. ¿Cómo está usted, Víctor?

FERN. (A Pepito.) Adelante, adelante, magnánimo joven. Pues no hace la friolera de... no sé cuantos días que no le vemos por aquí.

PEPITO He estado en cama, don Fernando. Con no sé qué.

ANG. Sí; una tos que parecía ferina. Ya está bien. ¿Y Ana y las chicas y todo el mundo?

FERN. ¡Ay! Todo el mundo. El mundo está perdido... Todos se van. Unos se han ido ya... otros...

ANG. ¿Quién se ha marchado?

FERN. Mis sobrinillas. Creo que se irán á Suiza la semana que viene. Mi hermano no puede resistir las mañanitas de San Sebastián. La playa le congestiona. Y como él, erre que erre, no puede dejar de ir á la playa ningún día...

ANG. ¿Y Ana ha ido á llevar á las niñas?

FERN. Con Lupe y María Teresa.

ANG. ¡Ah! ¿Y se quedan?

FERN. No: vuelven. Ya debían estar aquí. Pero cuénteme, Amelia, cuente. ¿Cómo van sus amigas con sus maridos?

AMEL. No van con ellos; casi siempre van solas.

FERN. ¡Ja, ja, ja! Sin ellos pueden ir muy bien acompañadas.

AMEL. ¿Y Eduardo?

FERN. También es de los que se van hoy mismo.

AMEL. ¡Ay, qué lástima! ¿A dónde?
FERN. ¿Piensa usted seguirle?
AMEL. ¡Qué cosas tiene usted!
ANG. ¿Se va hoy?
FERN. En el primer tren; por eso me va llamando la atención que tarde tanto Ana.
ANG. En mala hora hemos llegado entonces. Yo que deseaba charlar con Ana de... vamos.. de ciertas triquiñuelas... cosas de chiquillos, ¿sabe usted?
FERN. ¡Ah, sí! La tos ferina de Pepito, por ejemplo. Nada, eso se cura en cinco minutos.
VÍCTOR Aquí está mamá.
FERN. Vamos; no ha podido ser antes.

ESCENA IV

DICHOS, DOÑA ANA, MARÍA TERESA y LUPE

ANA ¡Jesús! ¡Qué modo de correr! Veníamos detrás de ustedes. Las hemos visto entrar, las hemos llamado... y como si no.
ANG. Pues, hija, no hemos oído. ¿Cómo estás? ¿Y tú, María Teresa? ¡Qué monísima! ¡Qué requeteguapísima! Y tú, qué bonita...
ANA ¿Y usted, Amelia?
PEPITO ¿Cómo estás... usted, María Teresa?
ANA ¿Qué tal, Pepito? ¡Cuánto tiempo sin verle!
PEPITO Enfermo... enfermo. En la cama, señora.
ANA Sí, ya sabíamos que estaba algo mal.
ANG. Calla, mujer; si he pasado unos días... Se empeñó en que estaba tísico. Y tenía una tos...
PEPITO Y no era lo peor eso, sinó una tristeza...
ANA Claro, aburrido... Sin salir de casa...
PEPITO No, no lo crea usted. Pasión de ánimo, pasión de ánimo verdadera. El especialista lo dijo.
FER. ¡Caramba! Especialista y todo, ¿eh?
ANG. Tuvimos que llamarle.
AMEL. Como su médico, que también está aquí veraneando, no le recetaba más que pastillas de goma...
FER. ¡Qué barbaridad! Los médicos juegan con la vida de un modo... Pero el especialista habrá acertado.

ANG. Parece que sí.

AMEL. ¡Ya lo creo! Con el tratamiento que le impuso: fricciones en la nuca, gimnasia, duchas en el costado izquierdo y sinapismos en las plantas de los pies. Al fin ha salido á la calle.

PEPITO Hoy. Y la primera visita para ustedes.

ANA Muchas gracias.

AMEL. Yo creo que la enfermedad de Pepito no ha sido otra cosa que un disgusto muy gordo. El no lo quiere confesar, pero...

ANG. ¿Quién sabe?

ANA ¿Sí?

LUPE Víctor, hazme el favor de mirar qué se me ha enganchado aquí. No puedo quitarme el sombrero.

VÍCTOR A ver...

LUPE No tires.

VÍCTOR Un alambre.

LUPE Oye... ¿á qué habrá venido Pepito, después de...?

VÍCTOR Como no sea á que le dé yo una fricción en el cogote... Pero le voy á dejar sin piel.

PEPITO María Teresa... Me he tomado la libertad de traer esto... Para que vea cómo me he acordado... á pesar de... (Entrega á María Teresa un rollo de papeles.)

M. TER. ¿Y qué es esto?

PEPITO Un vals nuevo... precioso... Seguramente para usted un hallazgo.

M. TER. «San Fleurs». ¡Dios mío! Pobre Pepito. Ha llegado usted tarde. Me lo sé de memoria. Hace más de ocho días que lo tengo. (Le entrega el vals, le vuelve la espalda y se dirige al grupo que forman doña Ana, doña Angeles y doña Amelia.)

AMEL. Llega usted á tiempo, María Teresa; íbamos á empezar á hablar de usted.

M. TER. ¿Mal?

AMEL. De todo un poco.

ANG. ¡Oh! Yo no...

AMEL. Yo sí. Siéntese á mi lado.

FERN. (A Pepito que está como atontado mirando los papeles que traía.) ¿Qué contempla usted tan atento, Pepito? ¿Qué es eso?

PEPITO Ya ve usted, don Fernando. Música.

FERN. ¡Ah! ¡Qué no será música en la vida, pollo! Venga conmigo. Vámonos á pasear un poco. Ya sabe que tienen que charlar las señoras. Oye, Víctor... (Vanse los tres por la terraza, y vuelven antes de terminar la escena.)

LUPE Voy á llamar á Anita... (Se va por la derecha.)

AMEL. (A María Teresa.) Vamos á ver, cabecita de pájaro; ¿puede saberse por qué trata usted á los galanes con tan poquísima compasión?

M. TER. ¿Yo?

ANG. ¡Por Dios, Amelia!.. Te suplico...

AMEL. Tú te callas. Una madre no debe mezclarse en ciertas cosas. Mire usted, Ana. Yo no sirvo para hacer papeles. Me son ustedes simpatiquísimas; Angeles es mi mejor amiga. A Pepito le he visto nacer... Usted dirá que esto es meterme en lo que no me importa. Pero yo soy así. Angeles no se atreve á nada...

ANG. Pero, Amelia...

AMEL Y yo no puedo ver sufrir á un pobre muchacho enamorado... y ver á una muchachita... que estará deseando casarse, como es natural... Mire usted, Ana: á usted no se le habrá ocultado que María Teresa y Pepito se quieren...

M. TER Si usted me permite...

AMEL. ¿Usted cree, amiga mía, que por un disgustillo, por nada, puede arrojarse la felicidad por el balcón? Seamos claras: á Pepito le ha costado una enfermedad... Usted, María Teresa, no tiene corazón si prolonga este estado de cosas...

M. TER. ¿Yo? Pero si yo no soy. Si fué él quien puso fin á nuestras relaciones.

AMEL No creía yo...

M. TER. Pues créalo usted. Lo dejó cuando encontró más de su gusto ó de su conveniencia á Julia Martínez, la hija de ese señor de Méjico que ha aparecido aquí este verano.

ANG. ¡Jesús!

AMEL. ¡Qué disparate!

ANG. Eso no es verdad.

AMEL. ¡Todo menos eso!

ANG. ¡En el Dulce Nombre!

AMEL. ¿Cómo es posible que?...

M. TER. ¡Ah! ¿No?
AMEL. Pero, por Dios, María Teresa, si esa Julita no es hija de ese mejicano tan rico.
ANG. Si así fuera podría admitirse la disculpa... pero, ¡Ave María! ¿Cómo iba á dirigirse Pepito á semejante niña? ¿Ustedes saben lo que es del viejo?
M. TER. ¿Nieta?
AMEL. No. Algo así como... vamos... casi su esposa; pero casi, nada más.
M. TER. ¡Ya!
ANG. De modo que tú comprenderás que mi hijo...
M. TER. Pero antes, todos creían, y Pepito como todos, que era hija de ese caballero.
ANG. ¡Nunca! Nosotros nunca.
AMEL. Las de Fanjull los conocen de Zacatecas.
M. TER. Bien. Eso es lo de menos. El caso es que ni Pepito me quiere á mí...
ANG. ¿Cómo que no?
M. TER. Ni yo le tengo á él gran cariño.
ANG. ¡Ah! Eso es otra cosa. Que no le quieras tú...
M. TER. Mire usted... Yo... á Pepito... le aprecio, sí... como á un buen amigo... como á hijo de usted. Pero casarme... La verdad...
ANG. No sé que querrás tú, entonces. No sé que valga menos mi hijo que toda esa colección de Calixto San Gabriel y Perico Saldaña, Lorenzana y Peñalrío, y...
M. TER No: no los enumere que ya sé quienes son. Por saberlo es por lo que no quiero coleccionar más pasatiempos.
ANG. Si no te conociéramos... Como que vas á pasarte tú una semana sin galán. Si tu madre no te lo consintiera...
ANA ¿Quieres dejarme á mí? Pues no tomas poco á pecho estas chiquillerías.
ANG. ¿Crees que no tiene ya tu hija su trovador? Eso es lo que me duele. Que deje á mi hijo por cualquier pelagatos.
M. TER. ¿Pelagatos?
AMEL. No, Angeles, no. No lo creo. María Teresa es más sensata de lo que parece Está muy reciente el... el luto, digámoslo así, de Pepito, para que ya...
M. TER Pues se equivoca usted. Ya tengo novio.
ANG. ¿Lo oyes, Ana?

ANA Pero, esta chiquilla...

M. TER. Si es verdad... Tenían ustedes que saberlo, más tarde ó más temprano...

ANG. ¿Lo ves? Pero, en fin, si es para mejorar... Porque supongo que será algún príncipe desconocido.

M. TER. Ni desconocido, ni príncipe.

ANG. ¿Y puede saberse quién es el afortunado?

M. TER. ¿Por qué no? Eduardo.

ANG. ¿Eduardo?

ANA ¡Chiquilla!

AMEL. ¡Eduardo!... ¡Dice usted que Eduardo! (Poniéndose en pie, reprimiendo mal la ira.) ¡Ay, María Teresa! Me parece que no... que está usted engañada...

M. TER. No sé por qué. No es Eduardo de los que suelen engañar.

AMEL. Precisamente. Vaya... Pero es asombroso. ¿Quién iba á figurarse?... Cuando todo el mundo... La verdad, María Teresa; no era de usted de quien creíamos todos que estaba enamorado.

ANG. ¡Amelia!

M. TER. ¿Qué quiere usted decir?

AMEL. Que no andará muy lejos Cupido, pero que no es á usted á quien apunta. En fin, usted es quien ha de enterarse, porque á usted es á quien importa. ¿Lo estás viendo? Por meterme donde no me llamaban. Creí de buena fe que era cosa arreglada lo de Pepito, y salimos con esto... y todo por hacerte un favor. Pero es que hay cosas que sublevan. Ustedes dirán que sigo metiéndome en lo que no me importa, pero me da lástima, María Teresa, que venga usted á servir de... de eso En fin, vámonos, Angeles; creo que no nos queda nada que hacer aquí. Adiós, Ana. Adiós, María Teresa. (Saliendo por la izquierda.) Es que no puedo; no puedo, vamos; no puedo, no puedo...

ANA Pero, Amelia... (A Angeles.) ¿Qué le ha pasado á esta mujer?

ANG. No lo sé, ni me interesa. Me basta con saber lo que me ha ocurrido á mí. Pepito, vámonos... Vamos pronto. (Saliendo por la izquierda.) Adiós, don Fernando... Adiós, Víctor...

FERN. ¿Pero, á dónde van ustedes tan de prisa?

PEPITO Don Fernando... doña Ana... Yo... Que ustedes lo pasen bien. (Sigue á su madre.)

ANA Pero, Angeles...

ESCENA V

DOÑA ANA, DON FERNANDO, MARÍA TERESA y VÍCTOR

Don Fernando y Víctor bajan de la terraza

FERN. ¿Qué hierba habrán pisado estas mujeres?

VÍCTOR Me lo figuro. Las habrá espantado María Teresa. Ha hecho bien.

ANA Dios mío... Si parece mentira...

VÍCTOR (Al ver que su hermana rompe á llorar.) María Teresa... ¿qué te pasa?... ¿Qué tienes?

ANA Hija mía...

FERN. Pero... ¿qué ocurre? ¿Estás mala?

M. TER. No, papá.

FERN. Sí; algo tienes...

ANA Hija...

M. TER. Déjame, mamá; déjame.

VÍCTOR (A su madre.) Pero ¿qué ha pasado? ¿Qué historia han traído para que María Teresa?... ¿A qué han venido?

ANA A reconciliar á Pepito con tu hermana.

VÍCTOR ¡Bah! ¿Y es eso?

ANA No, hijo mío, no. Se han encontrado... nos encontramos todos á María Teresa reconciliada con Eduardo.

VÍCTOR ¿Eh?

FERN. ¿Cómo?

ANA Como lo oís. Ahí está ella. Son novios.

FERN. Pero, ¿de dónde sacas tú?...

ANA Ella lo ha dicho. Y es lo que ha hecho saltar á Angeles y á la otra y decir que la engaña, que la han puesto de pantalla... Que todos saben... ¡Dios mío, si parece que quieren quitarme la vida! Eso es lo que tiene.

FERN. ¡Bueno va! Aquí acabamos todos en un manicomio.

(Se pasea entre furioso é irresoluto. Doña Ana se sienta en un rincón.)

VÍCTOR ¿Es cierto, María Teresa? ¿Es verdad? ¿Eduardo te ha dicho?... Ven... Cuéntame...

Dime todo... No llores... Ten calma... Tú sabes lo que yo quiero saber.

M. Ter. Ya no sé nada, Víctor.

Víctor María Teresa...

M. Ter. Sabía... creía que Eduardo... pero lo que Amelia me ha dicho... No, Víctor, no. Yo necesito saberlo...

Víctor María Teresa, por favor... Que Eduardo no miente. Yo te respondo de él. Cuéntame. ¿El te ha dicho?..

M. Ter. Que me quiere, sí.

Víctor Pues si él lo ha dicho... ¿Cuándo?

M. Ter. Hace pocos días, la tarde de aquella broma que le dimos á papá. Ya de noche... En un momento en que quedamos solos, me lo dijo. Desde el día en que llegaron Encarnación y Félix había yo notado que me miraba con cariño.

Víctor ¿Qué más?

M. Ter. Pero notaba en él, también, cosas extrañas. Parecía como si dudase. A veces no me miraba en mucho rato. Pero cuando me miraba... No te rías de mí.

Víctor Sigue.

M. Ter. Cuando me miraba... veía yo en sus ojos que sí me quería.

Víctor Sí, María Teresa; sí.

M. Ter. Al fin, la otra noche, me habló de vosotros: de Pilar y de ti. Que os queríais... Que le dejaríais solo...

Víctor Eso no... pero sigue...

M. Ter. Que aunque quisiérais vivir con él, cuanto más cerca os tuviese más solo se creería; porque era ese amor el que él soñaba... un hogar así el que quería para él... y que yo... que yo... pues...

Víctor Que tú serías la que hiciese su hogar. Es cierto. Es verdad eso. No dudes, María Teresa. Es bueno, ¡oh! muy bueno. Yo lo sé. ¡Bendito sea! (A sus padres, loco de alegría.) ¿Lo oís? ¿Lo estáis viendo? ¿Haréis aún caso de esa gente? Si es ella, ella, María Teresa, á quien quiere. ¿Y Paco? ¿Y Pilar? Todos, á todos; que lo sepan, que se enteren, á ver si callan las lenguas de víbora.

Fern. (Parándose en seco ante Víctor.) Hijo mío, eres el

más perfecto mentecato que he tenido la honra de construir.

VÍCTOR ¿Qué dices?

FERN. Que estás armando un pan como una rueda de molino y que no va á haber quién comulgue.

VÍCTOR Pero... ¡Por los clavos de Cristo!... ¿Todavía? ¿Oyes esto, mamá?

ANA Un mes llevo escuchando tantas cosas, que ya no sé ni lo que oigo.

VÍCTOR Entonces... ¿Qué quereis? ¡Me vais á volver loco! ¿Por qué en lo bueno he de creer siempre yo solo? Porque sí, es cierto; me habéis hecho dudar de él, de Anita, de todo... hasta de mí. Y ahora que veo una prueba, una luz clara de verdad y de honor, también queréis que sea una patraña, una canallada... otro crimen... ¿Y lo creéis? ¿Y queréis convencerme? ¿Para qué? ¿Para que le extrangule?

FERN. ¡Ya pareció Atila!

M. TER. Víctor...

VÍCTOR Es igual. No me importa. Con creer yo y con que creas tú conmigo, me basta. Porque tú quieres á Eduardo, ¿verdad? Crees en él.

M. TER. (Mirando al suelo con timidez.) Sí .. creo.

VÍCTOR ¡Oh! No se dice así. (Con imperio.) ¡Más alma! Alza esa frente... Mírame á la cara. Dímelo.

M. TER. (Con voz ahogada.) Sí...

VÍCTOR (Con desaliento.) Hasta en tus ojos, María Teresa... Hasta en tus ojos.

FERN. ¡Cállate!

ANA Eduardo.

ESCENA VI

DICHOS y EDUARDO

EDUA. (Por la derecha.) Ahora bajan Anita y Pilar. ¿Pero se han marchado? ¿Y Angeles? Decía Lupe...

FERN. Sí: tenían prisa. Una visita... Tal vez en la estación las encuentre usted.

EDUA. Oye, Víctor; en tu cuarto te dejo esos libros de Prevost.

VÍCTOR Es igual, si quieres llevártelos... Anda, María Teresa, vete arriba. Mamá, sube con ella... á tu cuarto. No la dejes.

ANA Sí; vámonos, hija mía. (Sube al hotel con María Teresa.)

FERN. (Sacando el reloj.) Ya se va acercando la hora, ¿eh?

EDUA. Así parece.

FERN. ¿Cómo? ¿Pero qué hora es? No es tarde, pero... media hora...

EDUA. ¿Media hora? No señor. A ver... Usted va adelantado; no son las cinco. (Mira el suyo.)

FERN. Por su reloj... es verdad; pero...

EDUA. Lo he puesto hace un momento por el del comedor.

FERN. ¡Caracoles! Pues nunca voy mal. Voy á ver el de la torrecilla, que es seguro. En esto de los trenes... Y daré una vueltecita por la cochera á ver si está todo listo.

EDUA. Como guste. (Don Fernando se va por la izquierda.)

ESCENA VII

EDUARDO y VÍCTOR; LUPE al final. Pausa. Víctor se sienta, abre su pitillera, saca un cigarro... y le vuelve á guardar

EDUA. Víctor... ¿qué te pasa?

VÍCTOR ¿A mí?

EDUA. A ti ó á quien sea. Pero algo pasa aquí.

VÍCTOR Como pasar... Ya ves.

EDUA. Perdona, Víctor; pero yo he notado en vosotros una actitud... Y ahora mismo en ti... Hazme el favor: ¿por qué lloraba María Teresa?

VÍCTOR Tal vez lo sepas tú mejor que yo.

EDUA. Pues si lo sé... no me explico... ¿Es que ha dicho ella algo de... de nosotros, de ella y de mí?

VÍCTOR Sí; ha dicho que te quiere.

EDUA. ¿Lo ha dicho ella? ¿A ti? ¿A tus padres?

VÍCTOR Sí.

EDUA. Entonces, Víctor.. no comprendo. Porque de esto esperaba yo una alegría muy grande. Creí que era el único medio de dejaros

alegres, al separarme de vosotros, y de marcharme yo contento.

VÍCTOR Pues ya lo ves. Tú... no sé cómo te irás; pero ella llora y yo me vuelvo loco.

EDUA. Calma, Víctor. Entendámonos. Hablemos claro.

VÍCTOR Sí; hablemos claro y dime si es verdad, si quieres tú á mi hermana... á María Teresa.

EDUA. La quiero. ¿Acaso es increíble?

VÍCTOR ¿Por qué no lo has dicho antes?

EDUA. ¿Antes? Si es un noviazgo de cuatro días. Además quería consultar, saber... Ahora mismo se lo estará diciendo Pilar á Anita.

VÍCTOR ¿A Anita? Y Anita ¿lo cree? ¿Puede creerlo?

EDUA. ¿Y por qué no? Aunque ya dudo, porque parece tan increíble, que quiera yo á María Teresa.

VÍCTOR Es que nadie lo cree.

EDUA. Que nadie...

VÍCTOR Ni en casa, ni fuera de casa; ni mis padres, ni Angeles, ni Paco. Nadie. Y es lo peor, que creen otra cosa. Y hasta María Teresa duda. ¡Y yo! A mí... A mí me están haciendo hasta que... No, no puede ser. Necesito saberlo. Si hablan por despecho ó tienen razón y es verdad que no existe ni amistad ni cariño en que uno pueda confiar, ¡ó qué, Eduardo, ó qué! ¡A ver qué!

EDUA. Víctor... ¿te has vuelto loco?

VÍCTOR ¿Pero es que no lo sabes? ¿No sabes lo que dicen, lo que creen todos de...? (Se detiene un instante.)

EDUA. ¿De quién?

VÍCTOR ¿De quién? De ti y de Anita.

EDUA. ¡Víctor!

VÍCTOR Así... Ya lo sabes... Mejor... Ya estamos en terreno despejado... Tú dirás...

EDUA. Eres tú quien ha de decirme á mí primero, si es que de mí también y de Anita puedes creerlo... tú...

VÍCTOR Algo ha de haber que no me deje creerlo en absoluto, porque si yo tuviese la certeza de que tú, Eduardo, has podido saltar sobre nuestra amistad y correr con mi hermana una aventura galante.

EDUA. ¡Cállate! ¡Calla! Yo no puedo tolerar ese in-

sulto. ¿Qué es eso de aventura? ¿Es que has perdido la conciencia de quién es tu hermana y quién soy yo? Si fuera cierto, entiéndelo bien, si Anita me amase y yo la quisiera,—y perdoná que pronuncie esta enormidad, en gracia á la que tú has pronunciado,—si nos amásemos, entiéndelo bien, nunca podría haber entre nosotros una aventura galante, sino una desventura... y no más.

VÍCTOR Bien; pero yo...

EDUA. Tú no eres quién para pedirme explicaciones. Si lo creen y lo dicen, ahí está el marido, que venga. Que ya le mostraría yo la cobardía de azuzar á los canes contra una mujer por la sospecha de una falta, y no contra la cohorte de sayones que la pusieron en trance de faltar. ¡Pobre de la mujer que desde que nace hasta que muere no da un paso en la vida que no sea sobre guijarros inseguros que los demás hemos ido poniendo! Ni los padres la enseñaron á caminar, porque no lo aprendieron, porque los suyos tampoco lo enseñaron, porque somos los ignorantes infinitos que vamos empujados por una onda secular de mentiras; ni el amor que la ofrecen es ese amor que, como el de Dios, ha de estar sobre todas las cosas. Y la vida es para ella un vacío ó un infierno. ¿Y queréis que una mujer que tenga alma se doblegue? No, Víctor, no; es justo que escape, que huya para no ahogarse, para amar, para vivir, porque para eso nació.

VÍCTOR No te entiendo, Eduardo; no te remontes tanto, porque no puedo seguirte á esas alturas. ¿Qué quieres decirme con eso? Todo eso nos parece muy bien hasta que llega el instante de aplicárnoslo á nosotros mismos. Acaba de una vez. ¿Qué quieres decirme?

EDUA. A ti nada. Esto es el desahogo infantil de un perro que ladra á la luna. Pero te debo una explicación categórica. Acabemos.

VÍCTOR Sí.

EDUA. Quiero á Anita, porque es buena y porque

es desgraciada; pero la quiero como tú la quieres y la compadezco más que tú. ¿Crees que yo pueda quererla así?

VÍCTOR Si me lo pruebas.

EDUA. No creí que necesitases tanto. Pero, en fin... Ahí tienes á María Teresa, á quien quiero para hacerla mi esposa. Ahora mismo voy á ver á tus padres y á decírselo. ¿Te basta?

VÍCTOR Eduardo...

EDUA. Pues si te basta, acompáñame. Sabes á dónde voy. (Se dirige á la escalinata pequeña seguido de Víctor.)

LUPE (Por la derecha. Queda parada al ver á Víctor y oculta una carta que trae.) ¡Huy! No sabía que...

VÍCTOR ¿Eh? ¡Ah! Eres tú... Mira, pequeña; quédate por aquí. No subas al cuarto de mamá hasta que bajemos.

LUPE Bueno. (Víctor se va tras Eduardo.)

ESCENA VIII

LUPE y DON FERNANDO; al final MARÍA TERESA

LUPE ¡Qué susto! Si me ven la carta... Menos mal que se iban. Voy á ver si me la echa Juan. (Se dirige á la izquierda y tropieza con don Fernando.) ¡Ay!

FERN. ¿Qué es eso, muchacha? ¿Te has asustado?

LUPE No... Es que... iba.. Como has llegado así... Iba á ver si... la hora que era...

FERN. ¿No hay relojes en casa?

LUPE Sí; pero verás...

FERN. Ay, ay, ay... Tú ibas á hacer alguna judiada. Calla... ¿qué guardas ahí? ¿Qué papelito...? A ver. . Vaya, vaya ..

LUPE No, papá; es que...

FERN. Muy bien. «Señor don Emilio García de Quesada.»

LUPE No, papá; es para una amiga. Dice Emilia. Se me habrá olvidado el rabito de la a.

FERN. Justo. «Cadete de Caballería.»

LUPE (No me acordaba.)

FERN. Muy bien. Mira, Lupita: en los sobres suele ponerse «Capitán General de tal ó cual ejército», ó «Presidente del Consejo de Minis-

tros», ó «Alcalde de tal parte»; pero... cadete... Ahora, si á ti un cadete se te antoja un Capitán general de mar y tierra...

LUPE Papaíto...

FERN. Vamos á ver. (Rasga el sobre.)

LUPE ¡Ay!

FERN. ¿Qué, te he rasgado alguna fibra que enviabas dentro?

LUPE Papaíto...

FERN. ¿No puede leerse?

LUPE Sí; pero...

FERN. «Mi muy apreciable Emilio.» Vamos, menos mal; no es más que *muy apreciable.*

LUPE Llevamos pocos días, ¿sabes? ¡Uy!

FERN. «Siento mucho que crea eso que le han dicho de Casa-Villar. Casa-Villar, como amigo de casa, venía mucho á casa, es verdad, y me ha hecho el amor; pero nada más. Además, Casa-Villar es tonto...» Tú conoces el corazón humano, Lupita. «Casa-Villar es tonto, y...» (Sigue leyendo en voz baja.)

LUPE Papaíto, por Dios...

FERN. Bueno... Está bien... «De eso que me dice usted del usted y de hablarnos de tú, á mí me da mucha vergüenza tan pronto; pero ya podrás figurarte que cuando hay ese cariño que tú dices, es muy dulce...» Muy bien, muy bien. «Sin más... Afectos.» etc. No está mal, Lupita. Es usted más lista de lo que parece. Pondré esto en conocimiento de su mamá para saber á qué atenernos. Y toma. No quiero saber más de ese caballerete.

M. TER. (Por la derecha.) Papá, vengo á buscarte.

FERN. ¿Para qué?

M. TER. De parte de mamá y Víctor... y de Eduardo. Están arriba. Te necesitan para un asunto que nos interesa á todos.

FERN. ¡Caracoles! ¿Será...?

M. TER. Sube y te lo dirán

FERN. Pero, ¿estás tú mezclada?...

M. TER. Sí; sube

FERN. ¿Cuestión de.. ?

M. TER. Anda, y te lo dirán arriba.

FERN. Bueno va... Vamos arriba. ¡Cuando digo yo! (Sale por la derecha.)

ESCENA IX

MARÍA TERESA y LUPE; en seguida ANITA y PILAR

LUPE — Ay... Me he salvado. Es tan bueno papá... Pero mira que haberme roto el sobre... Oye, María Teresa, ¿quieres que te diga una cosa?

M. TER. — A ver.

LUPE — No; no te lo digo. Pero ya verás lo que nos vamos á reir. ¡Si supieras lo que he hecho! Ya verás. ¡Lo que se me ha ocurrido! ¿Qué darías tú porque no se marcharan Eduardo y su hermana? ¿Te lo digo?

M. TER. — Déjame en paz. Lo que vas á hacer es decir á Pilar que baje, que Eduardo la llama.

LUPE — Bueno. Voy corriendo. Pero, si supieras...

M. TER. — ¿Vas, ó voy yo?

LUPE — No. Ya voy, mujer. Tú te lo pierdes. Pondré otro sobre, de paso. (Se dirige al hotel.) ¡Ah! Ya está aquí. Y Anita. Yo bajo en seguida. (Sale.)

M. TER. — Pilar, Eduardo te espera. Está en el cuarto de mamá, con ella, con papá y con Víctor.

PILAR — ¿Consejo de familia?

M. TER. — Sí.

PILAR — Pues allá voy. Pero, Anita, entonces... también irá conmigo.

ANITA — Como quieras.

M. TER. — No, Anita, no. Necesito consultarte... Tú me haces falta aquí. Quédate.

ANITA — Bien.

M. TER. — (A Pilar al salir.) (¿Lo sabe ya?)

PILAR — (Sí, se lo he dicho yo.)

M. TER. — Bueno; vete.

PILAR — Hasta ahora. (Se va por la derecha.)

ESCENA X

ANITA y MARÍA TERESA

M. TER. — (Tras breve pausa.) Anita, ya lo sabes, ¿verdad? Pilar te lo ha dicho.

ANITA — Sí.

M. TER. — ¿Y estás contenta? ¿No me abrazas?

ANITA — ¡Oh, María Teresa! Con toda mi alma. ¿Quién te querrá tanto como yo?

M. Ter. (Apartando á su hermana en extraña actitud.) Eduardo.. Eduardo me quiere. Al menos él lo dice.

Anita Y es verdad,

M. Ter. Al menos, él lo dice.

Anita ¿Y tú no lo crees? María Teresa, por Dios. ¿Por qué me hablas así? ¿Por qué me miras con esos ojos?

M. Ter. Porque quiero ver en los tuyos si te alegras de que me quiera ó no. Y quiero que me digan tus ojos si Eduardo me quiere ó me engaña.

Anita ¡María Teresa!

M. Ter. Porque él me ha dicho que me quiere, y porque todos me dicen que no.

Anita ¡Oh! ¿Quién lo ha dicho?

M. Ter Claramente, nadie. Pero con los ojos, con la actitud, todos los que me rodean. Por eso te lo pregunto á ti. El cariño se me aparece como una cosa tan clara, tan transparente, que la más ligera nube lo vela y lo mata. Y esa nube está en casa, y es la que quiero disipar. Pero pronto, Anita. Tú lo sabes; ¿Eduardo me quiere?

Anita (Casi llorando.) María Teresa.. Por la Virgen. No me hables así Yo te diré lo que tú quieras. Pero no me mires así, María Teresa.

M. Ter. No, Anita; no. Perdóname. Si tú sabes lo que yo te quiero. Pero... ten compasión. El acaba de pedir mi mano. Me dicen que salga, no sé para qué. Es igual. Nada valdrá lo que ellos decidan sin que yo diga la última palabra. Y esa .. tú has de decirla. Ven; siéntate conmigo... Dime...

Anita Sí: háblame así, María Teresa. No tienes por qué tratarme de otro modo. Te lo juro. Es tan poco el cariño que tengo, que perder el tuyo sería perder todo. Y no...

M. Ter. Hermana mía...

Anita Yo te lo juro, María Teresa. No pienso más que en vosotras; en Lupe y en ti. Daría mi vida por haceros dichosas. ¿Y puedes creer...? ¡Dios mío'... No, María Teresa, no. Eduardo te quiere. Te quiere de verdad. Créelo. No dudes. Sé feliz, porque es la felicidad lo que te ofrece. ¿Cómo engañarte... ni él ni yo?

Y él menos que yo. ¡Pobre de mí! Al cabo soy mujer... y mujer que no sabe nada. Pero él sí sabe... de esta vida... y creo que de más allá de esta vida Y es bueno, es sabio... está sobre estas ruindades, sobre la tierra, sobre todos nosotros; él es la verdad. Le verás siempre el alma en los ojos ¿Puedes creer que no te quiere mirándole á la cara? No dudes, no, María Teresa.

M. TER. No dudo ya. Te creo, Anita.

ANITA Y seréis dichosos... Y yo, con que vosotros lo seáis. Tú, feliz; él... hermano mío .. ¿Qué más? Esperaré vuestras cartas como una alegría que viene de muy lejos, á consolar mis penas. Y tú no serás como yo Me parecerás una hijita, una nena que se me fué... allá... sabe Dios dónde, á ser dichosa.

M. TER. Eso no. Me quedaré aquí, á tu lado. Viviremos contigo.

ANITA ¿Eh? No, María Teresa, no. Eso nunca.

M. TER. ¿Por qué?

ANITA Porque no. A nuestro lado seríais menos felices. Mi pena nublaría vuestra felicidad.

M. TER. Al contrario. Nuestra dicha mitigaría tu pesar.

ANITA No, María Teresa, somos humanos; os envidiaría tal vez.

M. TER. ¿Y sufrirías?

ANITA María Teresa...

M. TER. Pero no sufrirías si fuese tu marido como él Serías dichosa si el bueno, el sabio, el que está sobre la tierra, el que es la verdad y no miente y lleva en los ojos el alma, pudiera ser tu esposo.

ANITA ¡María Teresa!

M. TER. Y tú, que sabes que mirándole al rostro hay que creer en su cariño, ¿te atreverías á mirarle?

ANITA (No pudiendo ya contener los sollozos.) ¡Oh, María Teresa!... ¡Ten compasión de mí!

M. TER. Anita... Pobre hermana... ¿Cómo dudar de ti? Ni de él... Si eres buena, santa. ¡Pobre mártir! Aquí, en mi pecho... Llora... No; no me engañas. Pero tampoco puedes engañarte tu... Llora por él; llora conmigo... porque le quieres tanto como yo. (Pausa.)

ANITA (Haciendo esfuerzos por serenarse.) ¡Oh!... ¡Dios mío! ¡Por Dios!... María Teresa ..

M. TER. Serénate... Van á bajar... Yo creo que es tarde...

ANITA Hermana mía...

M. TER. Calla... Ya está resuelto.

ANITA ¿Qué vas á hacer?

M. TER. Nada; despertar de este ensueño.

ANITA Pero...

M. TER. Hay que disimular delante de Víctor. Ni él ni Pilar tienen la culpa. Si terminara yo con Eduardo ahora mismo, podrían sospechar... Pero más tarde, no. Se va... y un día, cuando pase tiempo, una carta lo hace. Al fin, todos me tienen por una veletilla; entre dieciséis novios, ¿por qué no ha de correr el último la suerte del primero?

ANITA ¡Dios mío de mi alma! ¡Qué locura! Piensa... ¡Dios mío! ¡Por mí! Si os queréis... Os vais... muy lejos...

M. TER. No; ¡ya es imposible, Anita!

ANITA Pero... ese sacrificio...

M. TER. Acabas de enseñarme que es el dolor, el sacrificio, la única verdad.

ANITA (Abrazándola.) ¡Pobre alma mía!

M. TER. Y no creas que es todo por ti. Es cierto que, en otras circunstancias, no hubiera querido mi dicha á costa de la tuya; esa es mi parte de bondad. Pero también es cierto que ya no podría sujetarme á la incertidumbre de que algún día pudiera dejar de ser amada por... no sé. Ya te lo he dicho. Ni la más ligera nube. Esta es la parte ruin, egoísta, del alma. Consuélate con esto y no me creas un ángel, que hasta el ángel que lleva la frente en el cielo y los pies en la tierra, como dice Eduardo, lleva también el corazón á igual distancia de la tierra que de los cielos.

ESCENA XI

ANITA, MARÍA TERESA, EDUARDO y en seguida PACO

EDUA. (Por la derecha, del hotel) ¡Ah!... Anita... ¿Esperaban ustedes?

M. TER. Sí. ¿Acabó la conferencia?

EDUA. Ahora mismo.

M. TER. ¿De acuerdo?

EDUA. Naturalmente. Y usted... Anita...

ANITA Quisiera que ya fuese el esposo de mi hermana.

EDUA. Pues ella ha de decir cuándo ha de ser.

M. TER. Sí; ya empiezo yo á mandar. Hay que tener paciencia hasta que yo lo mande.

EDUA. Anita... María Teresa... Un momento. Antes de que estén todos aquí. Esta alegría, esta dulce esperanza de felicidad, parece que se nubla con la desdicha de una pena muy honda... Anita... hermana mía... Yo quisiera que usted... Que tuviese esperanza... Espere usted .. Confíe... ¡Quién sabe! Usted conoce esas *rosas de otoño* que un poeta nos dijo que guarda la vida. Los años van matando lo ruín, lo deleznable. ¡Quién sabe si está la verdadera vida en los cuerpos tranquilos, donde no prende otra llama de pasión que la lucecita de un espíritu santo que ha sufrido mucho!

ANITA Sí, Eduardo .. Esperaré... Ya espero... Mas ¿qué importa?

PACO (Por la terraza.) Hola... ¿Qué hay? ¿De despedidas?

EDUA. Sí; y de proyectos. De proyectos matrimoniales. Tengo el honor de presentarle á María Teresa como mi prometida. Será mi esposa... en cuanto lo disponga ella.

PACO ¡Cómo!

EDUA. No extraño que se asombre, porque aquí, por lo visto, parecía increíble que yo la quisiera. No sé por qué. Es la verdad que acabo de pedir su mano, que sus padres me la han concedido y... Aquí están. Entérese usted.

ESCENA XII

DICHOS, DON FERNANDO, DOÑA ANA, PILAR, VÍCTOR; á poco UN CRIADO y en seguida LUPE

FERN. (Por la derecha con los demás.) ¡Oh, juventud! Terminado. Triunfó con sus locuras venturosas la hermosa juventud. «¡Amor: la verdad eterna!» que dijo Calderón.

EDUA. Perdone usted; no fué Calderón...

FERN. ¿Qué importa? Si es verdad, ¿qué importa quién lo dijo?

EDUA. Eso es cierto.

PILAR Anita... María Teresa... (Abrazándolas.)

ANA Hijas mías...

VÍCTOR (A Paco.) Y tú, ¿te has enterado? ¿Lo sabes ya?

PACO Ahora mismo.

VÍCTOR ¿Te aprovechará la lección?

PACO A mí me aprovecha todo lo aprovechable, querido. Pero deja que me dé cuenta, porque me parece que estoy viendo visiones.

VÍCTOR Así te pasarás toda la vida.

CRIADO (Por la terraza.) Señor: las cinco y media. Me tomo la libertad de avisarle por si se les pasaba la hora. Está todo dispuesto.

EDUA. Es verdad.

PILAR Sí; vamos.

VÍCTOR (Al Criado.) Saca los abrigos y el saquito de viaje y mi sombrero. Están ahí. (Se va el Criado por la derecha.)

PILAR Pero... ¿y Lupita? ¿Dónde está?

ANA Es verdad ¿Y Lupe?

VÍCTOR ¿Quién viene á la estación?

FERN. Yo.

PACO Y yo.

VÍCTOR ¿Y tú, María Teresa?

ANA Todos.

EDUA. ¡Oh, no! de ningún modo. No se molesten...

PILAR ¿Para qué? Si está á un paso...

FERN. Sí, sí; yo subo en un momento por el sombrero. (Se dirige hacia el hotel.)

PACO Recogeré el mío; un instante. (Detrás de don Fernando. Al mismo tiempo se oye el silbido de una locomotora. Todos quedan parados.) ¿Qué es eso?

FERN. Un tren.

VÍCTOR Sí; es el tren.

CRIADO (Saliendo con abrigos, sombreros, etc.) Es el tren... el tren, señorito; pero no sé...

PACO Pero... ¿á qué hora...?

CRIADO A las seis llega.

PACO (Mirando su reloj.) ¡Toma! Si son las seis!

LUPE (Por la terraza, palmoteando y riendo.) Yo, yo, yo. He sido yo. ¡Ja, ja, ja! Para que no se fueran... He atrasado media hora todos los relojes de la casa...

FERN. ¡Chiquilla!

ANA ¡Habráse visto!

PACO Pues es una gracia.

FERN. (Mirando su reloj.) Justo. Si yo no hubiera corregido mi reloj por el de la torrecilla, tendría ahora mismo las seis y un minuto.

EDUA. ¿Y no es posible...?

VÍCTOR No, hombre, no. Para un instante. Tenéis que quedaros.

LUPE (Abrazándose al cuello de Pilar.) Eso, sí; quedaos otro poquito... Hasta mañana...

PILAR Pero, hijita...

EDUA. No. Cuando llega la hora de una marcha, no se debe hacer dos de una despedida. Se sufre dos veces. Digo, con permiso de ustedes. ¿Qué han puesto, el coche ó el?...

PACO El auto.

EDUA. Se reduce todo á que nos lleve á San Sebastián, en vez de dejarnos en la estación. Cuestión de media hora.

VÍCTOR Pero, Eduardo...

EDUA. Es lo mejor. Así arreglaré esta noche allí unas cosillas, y mañana, en el primer tren, á Madrid. Y no tienen que molestarse en acompañarnos.

FERN. Con o usted quiera; pero si le parece...

LUPE (Llorando.) Pilar... Pilar...

PILAR Calla... tontina...

EDUA. Ea, Víctor... Un abrazo muy fuerte... Nada te digo...,

VÍCTOR Adiós.

EDUA. Anita... María Teresa...

M. TER. Adiós, Eduardo.

EDUA. Doña Ana, ya sabe usted que se la quiere... y doblemente ahora. Y usted, don Fernando...

FERN, Ni una palabra. Aquí me tiene usted.

EDUA. Paco.. no se me ocurre más... que decirle lo de los paletos: ésta es mi mano y perdone si en algo he podido faltar.

PACO Adiós, Eduardo; adiós... Nada... Nada .. Un amigo.

EDUA. Y tú, Lupita, ven acá. Dame un beso... monigotilla. Toma. (Para que lo repartas entre tus hermanas.)

PILAR Adiós... María Teresa... Anita... Doña Ana...

(Van saliendo. Besos, apretones de manos, etc., etc. Vuelve á oirse el silbido de la locomotora.)

FERN. Ya se va el tren.

EDUA. No importa; ya no nos hace falta. Vivimos más de prisa. Antes que él llegaremos nosotros, Ea; adiós.

(Todos suben á la terraza, menos Anita y María Teresa que, muy juntas, quedan en primer término al lado de la escalinata pequeña. Eduardo y Pilar desaparecen por la izquierda. Se oye la trepidación del coche dispuesto á marchar.)

VÍCTOR ¿Me dejaste los libros, al fin?

EDUA. En tu cuarto.

VÍCTOR Y... á ver si escribes pronto.

EDUA. Pierde cuidado.

(Se oye la bocina, y cómo se aleja el automóvil.)

FERN. ¡Buen viaje!

TODOS ¡Adiós! .. ¡Adiós! (Casi simultáneo.)

PILAR ¡Adiós, Víctor!

VÍCTOR Pilar... ¡Adiós!

ANA ¡Que lleguen bien!

PACO ¡Feliz viaje!

EDUA. }
PILAR } ¡Adiós! Gracias, gracias... ¡Adiós! (Sus voces se oyen ya á distancia.)

VÍCTOR (Casi gritando.) ¡Y á ver esa carta!

LUPE ¡Y que vuelvan pronto!

(Pausa. Silencio. Los que están en la terraza miran á la derecha, Suena ya la bocina lejos del jardín. María Teresa fija sus ojos en su hermana.)

ANITA María Teresa...

M. TER. (Precipitándose en los brazos de Anita.) Anita...

ANITA Ahora sí que hemos visto cómo pasa... cómo se va...

M. TER. (Sollozando.) Y cómo no volverá nunca.

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

NOTA

El vals *Sans Fleurs*, que María Teresa toca en la última escena del acto segundo, ha sido compuesto por D. Pedro Hedo, director del sexteto del Teatro de la Princesa. Admirablemente ajustado á la situación, su autor puede proporcionarle á las compañías que quieran utilizarlo en la representación de esta comedia.

Precio: DOS pesetas